



LA HORA 18

INGRID GUGLIELMI







# LA HORA 18

INGRID GUGLIELMI

Leer junto a la obra musical **Project: 18**

de **Federico** Mercado e **Ingrid** Guglielmi



I can remember, once again, quiet Friday cafe.  
I was a normal guy, I thought nothing could ever change.  
Maybe a girl said she would go out that night, then I guess  
A voice in my head said I'd die in that place, in that place.

The night begun.  
The night begun.  
Ahhh... Ah... Ah...  
Ahah... Ahhh... Ah...

The night begun.  
The night begun.  
Ahhh... Ah... Ah...  
Ahah... Ahhh... Ah...

Losing my head at once again, once again, once again,  
Losing my nerve at once again, once again, once again,  
Losing my head at once again, once again, once again,  
Losing my nerve at once again, once again, once again,

The night begun.  
Ahhh... Ah... Ah...  
Ahah... Ahhh... Ah...

The night begun.  
Ahhh... Ah... Ah...

F R I D A Y

**Aquella vez,** dentro de la cafetería de la estación de servicio donde yo solía encender mi computadora y organizar mis fines de semana —sí, yo organizaba los fines de semana mucho mejor que los días de labor—, en pleno invierno gris de mi gris ciudad, me sirvieron un café con leche humeante y rehusé de las medialunas. El cielo todavía no oscurecía. El clima en la cafetería era perfecto. Sé del confort mucho más por esa tarde que por otras comodidades conocidas de antaño. La memoria es una de las calidades más raras del ser humano. Parece antojadiza y seguramente no lo es. Era una tarde perfecta porque había descansado bien y trabajado poco, desde luego, pero si fue memorable no bastó con aquello. Supongo que fue por la mención del boliche.

ce again;  
e again.  
i, once again;  
nce again.

The night begun.  
... Ahah... Ahhh... Ah...

Ooh, live and die tonight, yes tonight,  
Live and die tonight, yes tonight.

Live and die tonight, yes tonight.  
Live and die tonight, yes tonight.

Losing my head at once again, once again, once again;  
Losing my nerve at once again, once again, once again. (Ahhh... Ah... Ah... Ahah...)  
Losing my head at once again, once again, once again;  
Losing my nerve at once again, once again, once again. (Ahhh... Ah... Ah... Ahah...)

Ooh, live and die tonight, yes tonight,  
Live and die tonight, yes tonight.

Live and die tonight, yes tonight.  
Live and die tonight, yes tonight.

Live and die tonight, yes tonight.  
Live and die tonight, yes tonight.  
Live and die tonight.



Se puede recordar desde adelante hacia atrás, pero también a la inversa. Me percibo hoy dentro del café de la estación de servicio recordando lo que sería la vida después. No cuesta nada.

Qué distinto lo veo todo. Estoy seguro de que aquellas bonanzas más comunes de la época no hubieran pasado desapercibidas. En realidad no lo hicieron, porque estoy en condiciones de volver a ese día nada especial en la estación de servicio conservando los detalles tan por completo, que entre pensarme allí y estar allí no hay diferencia de sustancia.

Entonces, digamos que estaba en la estación de servicio (Gas Station, aclaraba un letrero para extranjeros, que en mi ciudad apenas solían acudir al paso). El cartel de *wi-fi* a mi izquierda (y que se leía *if-iw* desde dentro del local), parecía decorar las puertas de los automóviles que se detenían al semáforo rojo, pues mi ubicación era casi esquinera. Una de las empleadas del saloncito de café y productos varios (*drugstore* era una odiosa palabra inglesa que por suerte ya no se usaba, pero que si no recuerdo mal fue suplida por alguna más corta y no menos estúpida), bueno, digo que una de las empleadas preguntó a la otra si saldría a bailar aquella noche. Era viernes. Yo sabía que la otra empleada tenía novio, quien solía visitarla y recibir de ella miradas embelesadas y besos sinceramente dulces. El muchacho parecía estar siempre de fajina, pues llevaba una campera mitad roja y mitad gris con una inscripción a la que nunca hice caso. Lo que a mí me gustaba era ver esa mirada tierna que ella le ofrecía, ese amor a voces del cual él se hacía un poco el desentendido, segura-

mente por virilidad, pero al cual volvía cada vez que sus actividades lo permitían.

—No, no estoy yendo a bailar últimamente—, contestó la empleada que tenía novio. Yo no esperaba otra respuesta. No podía imaginarme al pibe ese a quien ella amaba bailando siquiera la danza del arbusto. Era de esos tipos de quienes no puede esperarse más que el codo apoyado en la barra mientras sostiene el vaso de cerveza. Se pegaría el pobre flor de bodrio en una fiesta. Pero supongo que siempre es así. La chica graciosa de ojos azules y dulces se enrosca a un antitético total.

—Yo suelo ir a varios boliches—, siguió la preguntona, como si alguien le hubiera indagado al respecto—. Hoy tal vez vaya al ‘*Oasis & Rock*’.

En el mismo momento en que pronunció el nombre de ese local bailable, me pregunté por qué yo nunca había concurrido allí. La mente me contestó —lo recuerdo bien— *porque si vas, morirás en ese lugar; así que nunca lo hagas*. Fue lo más extraño que me ocurrió a nivel mental. Jamás pensé que pudiera haber algo malo en ese boliche. Jamás. Simplemente nunca había acudido, de casualidad. Pero mi pensamiento me decía que no, que no era por eso, sino porque mi cabeza se ocupaba de que no lo hiciera. Por mi bien.

Poco tiempo después, menos de dos años más tarde, ocurrió lo que todos ya saben, la contaminación brutal e imparable de las aguas en las ciudades. De casi todas las ciudades. Como sabemos, todos los recursos del Estado, y los privados que serían expropiados a paga futura y muy probablemente incumplible, debieron destinarse a evitar que la evaporación de toda la mierda verde generara lluvias venenosas. Qué desastre. Sé que es el

cliché más pronunciado de las generaciones vivas, pero  
qué desastre. Todo por un pifio de los adelantados del  
siglo veintiuno, a quienes se les dio por creer que un  
experimento tendiente a abaratar los costos de recicla-  
do del líquido vital era mejor venderlo de inmediato,  
y enriquecerse antes de superar las pruebas necesarias.  
Pero... ¿fue eso? No. Eso nos dijeron.



This is the place  
That you don't know.  
No love, no meaning,  
You find no hope.  
You lack your people,  
You have no job.  
Like Alice you fell into a hole.

T H I S

This is the place  
Where lies your fate;  
You'll be a hero,  
Don't you forget.  
This place is treacky:  
Don't hesitate.  
It whispers lies;  
You trust in yourself.

This is the place where reigns the loss.  
This is the time you're on your own.

This is the place that you don't know.  
This is a hell you can't control.

There is a force,  
There is a meaning,  
There is hope,  
Fate rushes, feel it.

There is a force,  
There is a meaning,  
There is hope,  
Fate rushes, feel it.



I S T H E  
P L A C E



**De ese Gran Desastre**, inigualable, derivé –en expulsión inevitable– a una de las Comarcas del suroeste, cuyos ríos y lagos impolutos surtirían a la mitad de mi país y a una porción pequeña de Chile.

No precisé demasiado tiempo para aceptar que la abogacía, tal como yo la había ejercido durante mis siete años de experiencia, ya no existiría más. Habíamos caído en un inefable sistema castrense. No me era desconocido del todo, pero cada una de sus cualidades me remontaba a mis bastante lejanos dos años en el liceo militar. Entonces pensé –tantas y tantas veces– cómo se olvidan las experiencias nefastas de la propia existencia en tanto no fueran excesivamente traumáticas –pues la mía en el tema no lo había sido–.

Era incuestionable en los comienzos del Gran Desastre que dadas como estaban las cosas, este nuevo esquema vertical era lo más lógico. En las épocas de los golpes de Estado podía criticarse el sistema, y mucho más que criticarse. Mucho más cuando crecí, que ya se contaba con lo que se dice ‘el diario de pasado mañana’ que ya lo había develado todo, bueno, que en rigor, había puesto lo malo en el tapete. Lo bueno de mi adolescencia ordenada, militar, era que tenía muy en claro todo lo que ya no pensaba tolerar de esa estructura, pero a la vez no exageraba lo más mínimo y comprendía muchas de las funciones que cada una de las piezas llevan a sostener ese orden razonablemente. Los entendía a ellos, y podía juzgar si estaban haciendo bien o mal las cosas. No hubiera esperado demasiado si me hubieran preguntado de antemano. Pero las circunstancias se volvieron tan pero tan difíciles de manejar en la Era del Agua Magra, que según parecía, déspotas e idiotas, al menos

por instinto de supervivencia, dieron mando –al principio y por un buen tiempo– al pensamiento de hombres inteligentes. Ingenieros, arquitectos, biólogos, estrategas –de los verdaderos–, lograron que no cayéramos todos, todo el país, toda la región, en manos de la miseria del todo para muy pocos.

Supongo que ese acierto inicial provino de una perspectiva incontestable: los muchos habríamos matado a esos muy pocos, como fuera, si hubiéramos quedado al margen del esquema de rescate. Realmente, ya no era posible pensar en familias poderosas que contaran con piscinas de lujo, con vista al lago, mientras los demás debiéramos hundirnos en las pociones verdosas que anegaron letalmente los asfaltos de cada ciudad.

Fue una tarde en que decidí no aspirar a una merienda, cuando me senté apaciblemente, resignado y lleno de odio latente pero de todos modos apaciblemente, sobre un montículo de tierra y piedras. El montículo descansaba fresco, sombreado por un pino copioso, y disimulaba las cenizas de un volcán merced a las ínfimas agujas y ramas del color del sol tardío que habían caído del árbol. Siempre adoré, quizás por haberme hundido en los escenarios de todas y cada una de las películas que vi en mi vida, los suelos crujientes de los caminos, senderos, bosques y parques que en nada se parecieran a las duras aceras que rodeaban mi hogar. Allí donde decidí sentarme esa tarde, crujían las cenizas secas, las piedrecitas, y las ramas y agujas del pino, en conjunto con un lecho arcilloso. Mi sillón mezcla de rojo-anaranjado, negro y ceniza, era un verdadero lujo, por qué no. Fue mientras apreciaba esta magnificencia transformadora remanente de mi espíritu que el corazón casi

se me salió por completo. Franky, un biólogo amigo, se había trepado a un árbol muy cercano y decidió saltar desde una de sus altas ramas. Se lo veía, como se dice, ‘en la suya’ y de lo más feliz. Como siempre. Así había conocido a Franky y jamás cambió. Aquellas personas inteligentes que realmente gobernaban las parcelas más importantes del Estado de ese entonces, habían tenido el tino de contratarlo para el Departamento de Biología Nacional y por fortuna, lo habían traído de nuevo a mi vida. En rigor, tal como lo conocí, nunca se fue de mi vida. Personalmente, al principio me había parecido un poco payaso y cargado de una ironía que junto a sus ojos vivaces parecía esconder un dolor y un fastidio grandiosos. Pero supuse pronto que eso no era cierto, que Franky era simplemente Franky, siempre con una mirada inteligente sobre todas las cosas y un poco de enojo por la soledad que supone ser tan avisado. Con un camino propio inextricable, disimulado en apariencia y subrayado a bien que se mirara, en la altísima sociabilidad de este ser sensible y por demás agudo.

Mis profesores siempre me enseñaron a desdeñar idioteces y a estarme atento a las personas inteligentes. En el instante en que Franky soltó un ‘hola, Beef’, me pregunté qué podía tener de bueno yo que sirviera a un tipo como Franky, a fin de que me quisiera un poco y de estar cerca suyo por siempre (el tipo me daba más alegría que cualquier cosa de la vida). La respuesta me vino en el acto: El nuevo Derecho que me tocaría inventar en las circunstancias que estábamos viviendo. Si hubiera insistido en la pregunta que al mismo tiempo se hacía mi cerebro respecto del aparatejo diminuto que manipulaba Franky, nunca hubiera recordado la misión que acababa

de inventar para mí, de modo que antes de inquirir cosa alguna al biólogo, volví a pensarlo: 'lo mío es crear el Derecho del futuro... No, no del futuro, el de hoy'.

—¿Qué es eso que estás usando, Frank? ¿Y por qué te empeñas en darme semejante susto en medio de un instante de meditación severamente salvadora?

—Ja, ja... Sí, Beef. Me di cuenta de que casi te llevé al infarto, pero todavía pareces suficientemente joven como para superarlo. Estoy analizando la composición de todo lo que hace base al musgo que encuentro por acá. Esta maquinita es magnífica; nunca había portado una tan diminuta. Fijate —se acercó para mostrármela—. Puedo poner estas cintas de algodón en cada yema de mis dedos, trepar a todo lo que me dé la gana y luego colocarlas en cada una de estas plaquetas, que bien dispuestas en el pequeño aparato, discriminan y describen los elementos con los cuales entré en contacto. Si ponés una gota de sopa 'Gusty' va a saltar cero rojo, es decir nada de proteínas, y mucho pero que muchísimo gris, o sea... plástico—. Fue entonces que Franky ensayó esa mirada mezcla de sonrisa y gravedad de su clásica ironía.

Cuánto y cómo llegué a quererlo, creo que es algo que nunca lograré expresar del todo.

Y era cierto. Bastaba con repetir cena de fideos condimentados con sopitas 'Gusty' tres noches seguidas para entrar en la convicción de que enloquecerías. Era el efecto del plástico a que se refería el experto, o quizás sólo del hartazgo. Desgraciadamente, el abastecimiento en esos tiempos era caro. Demasiada gente debía ser satisfecha, pero los camiones de aprovisionamiento llegaban solamente los jueves y los sábados. Creo que en

la Comarca XII, donde Franky y yo vivíamos, él por su trabajo y yo por influencias, una de las mejor organizadas del país, se podía ser casi feliz. Pero lo de las sopitas llevaría a la sublevación tarde o temprano. Una noche vi que ya habían servido su pasta a Franky, y cuando estaba a punto de recibir el medio cucharón de ‘Gusty’ de arvejas (idéntico –lo juro– a las restantes versiones, de ajíes rojos, choclos, carne, pollo, etcétera), me interpuse entre el ayudante de cocina y el biólogo e impedí que le enjugaran el espíritu con asegurada tristeza. Frank nada entendía, así que lo acompañé, tomándolo de un codo, a sentarse en el lugar donde yo había apoyado mi plato. Soltó el suyo y se sentó frente a mí sin abandonar el fruncido entrecejo de interrogación. Entonces, saqué de mi bolsillo el medio pan de manteca robado y dispuse de partes iguales para cada plato. Esos fideos con manteca lo pusieron de acuerdo conmigo más que cualquier otra cosa que hubiera podido suceder. Me puso el apodo de ‘Beef’ cuando le comenté que era hora de comer un buen bife de culo, en mórbida apelación a las bonanzas del canibalismo. Llevar nombre semejante por el resto de mi vida hubiera sido despreciable si las circunstancias hubieran sido normales, pero nada lo era, ni normal ni tan despreciable; tampoco lo era mi comentario. En esa Era daba igual.



## HOME

Patience, man.  
I will save you from this war.  
Patience, man.  
You will find what you call home.

Two lives to wake up many more.  
Our lives will wake up many more.  
Two lives to wake up many more.  
Ah...

Two lives to wake up many more.  
Our lives will wake up many more.  
Two lives to wake up many more.  
Ah...

Nicholas,  
Our people will find hope.  
Patience, man.  
Our land can be reborn.

Ah...

Our land, our land  
A space to believe again.  
Our hands, our hands,  
Our hands will rebuild this place.  
Our land,  
A space to believe again.  
Our minds will find a way.

Ah...

Nicholas...

Living to wake our land again,  
And every seed to spread.  
Living to wake our land again,  
So every tree will raise.  
Living to wake our land again.  
Living to wake our land again.

Our lives are short,  
It's time to start again, my friend,

To make our land  
Our place in this world.

Our lives are short,  
It's time to build a home for us,  
A home for them,  
For everyone.

For anyone.

Our lives are short,  
It's time to start again, my friend,  
To make our land  
Our place in this world.

Our lives are short,  
It's time to build a home for us,  
A home for them,  
For everyone.

For everyone.

For anyone.

Come on!

Time, life, ahead.  
We need to make our home.  
Time, life, ahead.  
We need to do much more.

We need to make our home.



Como fuera, sin Franky, mi camino hacia mi propia búsqueda habría sido más largo, quizás hasta la época del hartazgo, que sé que me hubiera llevado al menos un año más, y quizás no hubiera emprendido nunca ese camino, debido a algún altercado mortal que entorpeciera mi existencia absolutamente —como bien pudiera haber sido el asesinato del cocinero—.

Y luego, allí se estaba parado el biólogo, aquel día del susto que me dio al bajar del árbol, con su aparatito entre las manos y su cara de estar nuevamente absorto, completamente olvidado del entorno y desdeñoso de las circunstancias, con una malla larga hasta las rodillas y la remera que se le inflaba a la altura del pecho de todo el aire con que Franky llenaba sus pulmones. Hizo sus anotaciones y de un cuasi corte de manga despreocupado, revoleó el aparato dentro de la mochila que llevaba puesta.

—A ver, Beef, si me la cerrás, por favor.

Claro que sí. Cerré su mochila y me dio un saludo con la mano para irse a trepar por ahí.

Al quedarme a solas, empecé a diseñar mi Teoría General del Derecho en Tiempos de AguaMagra. Había que hacer algo útil. De otro modo, un día Franky se iría de la Comarca y yo me quedaría solo sin servirle a nadie. Nunca me faltaban birrome y papel. Ni mucho menos, nociones de aprovechamiento de las súbitas ganas de volver a vivir.

La oscuridad que siguió a esa tarde solamente dio pábulo a un descanso reconfortante para continuar al día siguiente con la empresa que me pondría al margen de las masas, de esa gran población que parecía distraer sus días en empresas familiares como la construcción de

la vivienda particular, o el reacondicionamiento de una antigua y desusada salamandra para el invierno que se avecinaba, todo —entre chanzas, esperanzas y risas renovadas—, todo, todo, con el objeto de olvidar al máximo aquel momento fatal del día: ‘La hora del baño’. Vidas automáticas, pequeñas alegrías forzadas, solamente para vivir en el miedo.

Unos cuantos años antes, yo había viajado a uno de los paraísos terrenales más bonitos. Que los hubo y debe haberlos muchos en esta Tierra, sea cuando sea que se lea mi relato. Y al haber conocido más de uno soy incapaz de decretar preferible un paraíso al resto. Durante aquel viaje, me encontraba una mañana en el living de la hostería donde moraba, cuando un señor, muy jovial a pesar de haber superado la edad mediana, hundido en su traje de ski, dijo en broma al conserje que había decidido quedarse a vivir allí. Eran tierras del sur. El conserje, sin perder su sonrisa habitual, le dijo que muy bien, que invirtieran nomás sendas residencias, que venga usted acá que yo iré donde vive usted, vamos, vamos, cuando usted quiera. Y le preguntó, ¿dónde vive usted?, ya después de haber ofrecido cambiar puestos y sin condicionar su oferta a la respuesta a esta postrer pregunta, como para hacerle entender al huésped que el lugar donde trabajaba, por bonito que fuera, era un soberano bodrio, y que se lo regalaría de muy buena gana. El silencio tradujo fastidio. El cliente, incómodo, contestó con el nombre de su ciudad de residencia —que justamente era hermosa, yo la conocí—, y el conserje dijo que daba igual, que estaba muy bien, que hicieran el cambio. El cliente se fue lo antes que pudo, con la sonrisa queda, como de maniquí, metido en su traje

de ski —que como a toda persona que lo usa sólo de vez en cuando, le quedaba ridículo—. Fue un momento tan extraño como gracioso. Seguramente muchas personas solían decirle al conserje ‘¡Ah...! ¡Me vengo a vivir acá mañana mismo!’; pero al cabo nadie quería encargarse de una hostería durante más de ocho horas al día en un páramo no muy poblado —a excepción del verano y del invierno—, y dijeran lo que dijeran —el conserje ya lo sabía—, los clientes siempre volvían a sus rentables negocios del tablero de Monópoli donde residían, sin perjuicio de volver a viajar dos veces al año con sus billetes de colores. Nadie, al cabo, superaba más de diez días en el paraíso. Claro, pensaría el conserje, estos se creen que yo soy estúpido. A esa mañana la recuerdo como el colmo de los colmos del inconformismo humano. Y me obligó a meditar acerca del mío.

Debiéramos haber pensado, en esos días, que otros días, como los del AguaMala, podrían llegar. Habría que haberse conformado bastante bien. La gente en el Gran Desastre Siglo XXI comprendió esto que digo. Por eso intentaban pasarlo lo mejor posible, y se renovaron los conversos, no tanto porque creyeran en Dios, sino porque era justo y agradable eso de agradecer durante la cena lo poco que se tenía. Era un momento solemne, propicio para enseñar a los hijos a ya no olvidar más. Pero en fin, se habían olvidado Guerras Mundiales, otras guerras más pequeñas pero injustificables, hiperinflaciones, hiperrecesiones, hambrunas en diversas regiones del Mundo, todo, todo se olvidaba con tanta facilidad (en este momento imagino un televisor emitiendo una función de preguntas y respuestas con entrevistas faranduleras y con su lentejuélico conductor

gritón, de sonrisa impuesta a tirón de tanzas de titirite-ro, siglos veinte y veintiuno). Todo se olvida con tanta torpeza. Todos quieren olvidar. La alegría siempre suple a la tristeza, inclusive cuando es hora de declinar tanta necedad y meditar un poco.

Bueno, creyendo hacer lo correcto de una buena vez, en la Era del Agua Mala la gente volvió a considerar que eso de los símbolos era una gran cosa. El símbolo del padre, del hombre de la casa, agradeciendo lo más empequeñecido posible a su Dios unas pobres migajas; era un símbolo que todos pretendían que nunca fuera olvidado, para que esos hijos no se dieran por calmos nunca, para que desconfiaran de los caprichos, de caprichos tontos como apurar el sistema de purificación de las aguas. Que lo veloz a nada lleva. Y el olvido, menos todavía. Una buena tentativa. Pero creo que todo se olvidaría igual.

La alegría frívola siempre le gana a la tristeza sensata, aunque a veces sea estúpido.

Los supervivientes de la Comarca XII éramos los más afortunados del país. Contábamos con los ríos y los lagos más copiosos. Y teníamos la suerte de una relación entre población y agua de lo más benévola. Éramos pocos en relación con otras comarcas. Por lo tanto, nos habíamos vuelto seres agradecidos y humildes. Sí, así como lo digo. Sé que en general, antes los afortunados se vanagloriaban de su alto nivel de vida, aparecían en revistas de boberías con sus sonrisas cancheras y una actitud bipolar con la prensa. Pero ya no eran tiempos holgados. Eran épocas oscuras. Mucha gente había muerto. Estar vivo era motivo de gratitud. Todos habían perdido a alguien. Volvió la religión, un poco trucada,

carente de grandes dogmas, y esta vez realmente desprovista de innecesario oropel. Y la comunidad parecía intentar convertirse en lo que nunca debió dejar de ser. Nos ayudábamos. Yo, por ejemplo, siendo soltero, pasaba gran parte del día colaborando con los quehaceres hogareños de las familias. Al diablo con los títulos; si tenía que limpiar, limpiaba, si ayudaba que lavara letrinas, las lavaba. Me agradecían que siempre fuera cortés y que estuviera dispuesto a todo (por lo demás, siempre fui torpe para el trabajo manual y hacía lo poco que podía). Y los logros diarios de cada uno eran de todos. Llegó inclusive la época en que volvieron a contarse chistes públicamente. Mi país abandonó el chiste abierto solamente en esta época del Gran Desastre. Antes no había tenido motivos serios para disimular la costumbre centenaria nacional —ni siquiera en los velorios...; menos aun en los velorios—.

Pero inclusive una vez que parecieron satisfechas mínimamente las necesidades de supervivencia de la Comarca XII, los días desembocaban siempre en un momento amargo. Todas las tardes, a las dieciocho, ocurrían las revisiones previas a los baños públicos. Eran una o dos horas muy amargas durante las cuales resultaba imposible no sentir una especie de corte interno en la garganta y al borde de ese corte, mares de lágrimas agolpados queriendo salir. Era un momento de requisa. Enfermeros asistidos por policías y gendarmes pasaban revista a la población. Se acababan todas las sonrisas. Realmente no quedaba ninguna, ni la del más retobado.

Esa tarde que Franky me dio el susto, me salteé la revista diaria. Me importaba un rábano si me engancharan. Porque si lo hacían, no habría más remiendo

que una requisita forzosa de la que yo creía que saldría bien parado. El bueno de Franky había tenido el gesto de arrojarme algo al cabo de su despedida. Era un papelito escrito en birome que diagnosticaba que esa tarde yo poseía un bonito cero en cada una de las sustancias que pudieran ponerme en cuarentena. Evidentemente, mientras me distraía mirando las placas de su aparatito, él me rozó con una de las yemas de sus dedos enfundada en tela de algodón y me hizo el examen temprano con esa máquina.

Franky era al fin y al cabo un operario de ‘los caquis’, de los que mandaban, de modo que se ahorra el momento feo en que la caída del sol coincidía con un silencio de miles y miles de penitentes, apenas interrumpido por llantos solitarios de unas pocas familias que quedarían dislocadas quizás para siempre.

Ver cómo se separaba a algunas personas de las filas era horripilante. Habían sido tales los tumultos, tales las resistencias, que se llegó a disponer mediante edicto policial que jamás hubiera familiares juntos en cada fila. Diez personas debían separar a cada individuo de sus seres amados. Y a los laterales, tres filas debían distanciarlos. Eso permitía una mejor operatoria en eso de desterrar —quién sabe hasta cuándo— a los infectados.

Sé que muchos de quienes accedíamos —pasada la inspección— al baño en el lago helado —en verano— o a las duchas —el resto del año—, cuando cubríamos nuestras caras con las manos, no estábamos solamente lavándonos, sino enjugando las lágrimas que se nos saltaban sin aguantarlas más. Los gritos de las familias desunidas a causa de alguna infección y su consecuente cuarentena hacían del baño frío un infierno de nervio-

sa salvación diaria y de terror. Quedé tan contento y agradecido con Franky esa tarde en que pude saltearme la requisa, que supe que mi destino era cercano a él. Porque ese tipo de actos no se olvidan en toda la vida – no se olvida una ayuda en la desesperación– y unen un alma a otra irrefutablemente. En realidad no tenía motivo alguno para pensar que además de ello, la vida nos mantuviera juntos en lo sucesivo. Pero sabía, qué sé yo por qué, que así sería. Un buen gesto, Franky querido. Sin duda. Me estabas diciendo que más allá de tus privilegios, pervivía en vos la tristeza de que casi todos los demás debiéramos pasar por el momento más amargo y torturante que hubiéramos imaginado. La Hora 18.

\*

Antes y después: Si bien logro contemplarlos desde mi personalísima accidentología cronoscópica, por lo demás no quedó nada de eso. ‘Antes’ y ‘Después’ son conceptos que bien pudieran no existir.

A los pocos días de la tarde en que me salvé de la revista médica y del baño público, perdí una mañana completa en la sala de espera de la Delegación local del Ministerio de Justicia, al calor de los troncos que conformaban su diminuta estructura y del sol que encandecía todo desde el vidrio de la ventana lateral. Mi ubicación en la sala de espera me ofrecía la visión del antedespacho del Representante Ministerial, cuya puerta se abría y cerraba en pocas ocasiones. A través suyo, podía admirarse un Quinquela Martín que adiviné original desde el principio. Por un rato distraje mi mente recordando una muestra de Soldi a la que acudí en Capital cuando no pasaba mis quince años.

Después de pensar en eso, volvieron a molestarme mis retortijones nerviosos, sin que la lectura del material legal que estaba preparando mejorara las cosas. La cita, me dijo la secretaria pasadas las doce, quedaría para el día siguiente.

No me quedaba más remedio que seguir ensayando mi presentación (menos mal; esas prácticas mejoraron muchísimo cuanto iba a decir), y agolpando más ideas normativas al borrador que venía gestando. Si no hubiera tenido que abocarme a estos asuntos, la pérdida de la mañana y la cercanía de la hora 18, de consuno me hubieran abatido.

El Delegado Ministerial me recibió al fin, aunque lo hizo varios días después de mi primera visita. Mi proyecto (glosario) de Código Civil Ad Hoc y de Código de Procedimientos Penal Ad Hoc, le parecieron estupendos —*prima facie*— así que me salvé de un rechazo in límine, no sin la reserva de estudiarlo debidamente, que el funcionario no dejó de apuntar y que seguramente nunca cumplió.

—Me parece interesante la propuesta de una revisión integral de la Ley. Y me alegra que se haya acercado con ideas concretas, porque en estos días no podemos darnos el lujo de perder el tiempo en sesiones de legisladores adormilados o ausentes, o que se tomen cinco horas para justificar por qué conviene que al máximo de pena para el estelionato se le agregue medio añito más.

—Reconozco que mi borrador es absolutamente tentativo y por demás perfectible...

—¿Quiere usted dejármelo o seguirá trabajando con él?

—Preferiría trabajar en equipo. Y conocer desde

adentro las dificultades dinámicas del sistema actual, digamos, apreciar. . .

—¿Quiere decir que desea integrarse al Estado, al Poder Legislativo o lo que quede de él?—, me interrumpió con una mirada de costado, inquisitiva pero prejuiciosa, lanzada desde el fondo de su silla, que me instaló una buena carga de repulsión. Juzgué que este hombre no tenía la menor idea de Derecho. Y entendí que la lógica de siempre no cambia. La única utilidad de cualquier aporte mío era que a él le colgaran laureles. Perfecto.

—Vea, señor Delegado, en rigor, me gustaría trabajar en un clima afable, con personas sapientes y amables, concedoras de las dificultades actuales de la vida en comunidad. Y así, fundamentalmente, poder entregarle a usted un proyecto razonable. Si el proyecto le parece bueno, podrá elevarlo con su sello al señor Ministro. Quizás así pueda el Ejecutivo Nacional dirigir propuestas sensatas y lo más inmediatas posibles al Congreso. . . o lo que quede de él, por supuesto. No sé desde qué lugar puedo yo lograr eso, pero el que usted crea conveniente por mí está muy bien.

—Ajá. . .

—Comprenda que desde mi perspectiva en el llano, en esta Comarca, puedo imaginar cómo posibilitar la conformación de un Registro Civil, de un Tribunal de Familia y de un Foro de Árbitros para conflictos vecinales. Pero estoy seguro de que podría ayudarle a elevar proyectos más sustanciales.

La reunión fue de lo más provechosa. Gracias a ella, conocería a Débora y a Erasmo, los letrados del Cuartel, con quienes trabajaría durante cinco meses y pico.

Además, volví a probar el café. El Delegado Ministerial, Don Enrique Gómez Piña ('don' fue una palabra expul-sada del protocolo durante la década de mil novecientos cincuenta pero para corroborárselo al pobre Delegado hubiera tenido que hacerme de un Pequeño Larousse Ilustrado en pleno valle y además de dejarlo sin el 'doc-tor' por indocto, le hubiera lisiado el resto de su exce-lencia), digo que el Señor Delegado me convidó agua de café, cuyo dejo al final de la lengua casi me movió al llanto. Hay quienes sin ser buena gente, hacen cosas buenas, de casualidad. Como ese Don.

\*

Había quedado en pie el Complejo Central local, un hotelazo, un gran engendro, que apenas recibía hués-pedes durante dos estaciones de las cuatro que todavía decían sobrevivientes. Mentira. El otoño y la primave-ra no existieron desde mis doce años. Después, ya no cumplí más primaveras. O llovía y rumiaba el viento helado entre las nubes, o hacía un calor de locos. Bueno. Lo cierto es que ese Complejo fue destinado en los Tiempos del AguaMala para los estudios biológicos y médicos. Ese edificio marcaría el corazón del centro de la Comarca XII. Cuatrocientos metros a la izquierda por su misma calle, trabajaría yo, junto a Erasmo y Débora, en la última de las cinco cabañas que conformaban el Departamento de Estrategia. Las dependencias locales, en su totalidad, me recordaban a los rejuntados pabello-nes de la UBA, en la Ciudad Universitaria, en contrapo-sición al privilegio del Derecho, situado en la hermosa lejanía del organigrama. La cabaña de los abogados, en la Comarca, se ocultaba debajo del pinar más bonito, sin

celadores ni guardias ni molestias. No le importábamos demasiado a nadie y eso propiciaba que nuestro trabajo fuera libre y eficiente.

Intentaba colaborar todavía con la gente de nuestra Comarca, pero tenía menos tiempo que antes. El Derecho absorbía gran parte de mi día. De todos modos, siempre había procurado acercarme durante lapsos muy cortos a cada familia que conocía en las circunstancias de la Catástrofe. El tiempo que les llevara arreglar un techo, o una ayuda en la lavandería de vez en cuando y muy de pasada, me eran preferibles. Así evitaba preguntas incómodas que sospechaba que llegarían si me quedaba más tiempo con ellos. En algún descanso, alguien preguntaba con quién vivía, y yo contestaba con cierta gravedad ‘estoy solo’, y punto. Era lo mejor. Eso callaba a la gente; no alentaba a que inquirieran a quién había perdido.

Es que yo no había perdido a nadie en toda esa historia.

No tuve a nadie en mi vida. Razón por la cual, en esos tiempos, la calamidad de todos era meramente una experiencia distinta para mí; nada más. Solamente una experiencia diversa. Una nueva oportunidad en la soledad de mi vida. Antes de los Tiempos también llamados de AguaMagra, muchas veces había tenido que padecer expresiones tales como ‘vos no entendés porque no tenés hijos’. La gente piensa que uno vive en otro planeta cuando todavía no tiene hijos. No pueden entender que uno comprende el miedo, el celo, los cuidados, los desvelos. Si yo hubiera tenido un hijo, habría vivido esa existencia mía despierto y ojeroso, no me cabe duda.

Pero la gente suele pensar que para un soltero esos son temas de más allá de su universo conocido. Bueno, llegada la Catástrofe, lo que menos podía contarles a mis vecinos era que no había perdido a mi familia en ella y que no tenía a quien cuidar. Hubiera sido el colmo de la interplanetariedad y me habrían excluido de miles de conversaciones, fructíferas o no, de miles de asuntos, domésticos, estratégicos o los que fueran. No me gustaba mentir, así que no confesaba mi verdad y me iba rápidamente de cualquier lugar, evitando preguntas que me molestaran.

Me daba mucha bronca. La gente que dijera ‘vos no entendés porque no tenés hijos’ lo hacía con el acento de la envidia. Idiotas. Como si el regalo de tener o haber tenido pudiera dolerse de la menor envidia frente a la suerte de no haber tenido nunca. Como si los Reyes Magos hubieran sido más generosos conmigo al no regalarme nada, o como si comparáramos los juguetes: ellos, el de los afectos, rotos o perdidos, y yo, el de la carencia eterna. A veces las personas sienten envidia por quien no tiene nada, como si sospecharan una gran libertad en eso de no tener qué perder. Pero me pregunto si con las libertades que tienen saben qué hacer, si siquiera las ven... En fin, nunca hubo necesidad de un examen para la entrega de un carnet de padres; cualquier tarado pudo serlo siempre, y hasta llegar a decir: ‘vos no entendés porque no tenés hijos’.

Ahora bien, si en los Tiempos de AguaMagra alguien hubiera expresado que envidiaba mi soledad de toda la vida, si me hubiera llegado un sólo comentario del estilo ‘vos no entendés porque no perdiste ni tuviste a nadie’, le hubiera volado la mandíbula a puño lim-

pio. Mi vida se agobiaba desde siempre de pérdida, tan inicial y tan profunda, que ni siquiera me habían quedado los rostros de aquellos que me dejaron solo, ni las causas, ni siquiera las excusas. El apellido ‘Espósito’ no era en balde; era la variación con la cual, sin disimulo y hasta con desprecio histórico, el Registro Civil había reemplazado a la ‘N’ en el casillero del apellido de mi constancia de nacimiento, que sucedía a la ‘N’ del casillero de mi nombre de pila. Esta última ‘N’, a su vez, mereció que algún empleado o funcionario –quien no quería romperse la cabeza en borrones ni testados– continuara la grafía y me injertara un benévolo ‘Nicolás’. Por tales razones, yo soy Nicolás Espósito.

Al bufet jurídico donde iba a trabajar le tenía miedo. Quizás muy pronto mis compañeros de oficio hicieran preguntas.

Pero todo discurrió de modo diverso.



Time to begin,  
Life is our creation.  
Time to believe  
We can find our playground.

We can make it,  
We can start a nation.  
Just believing  
In our true intentions.

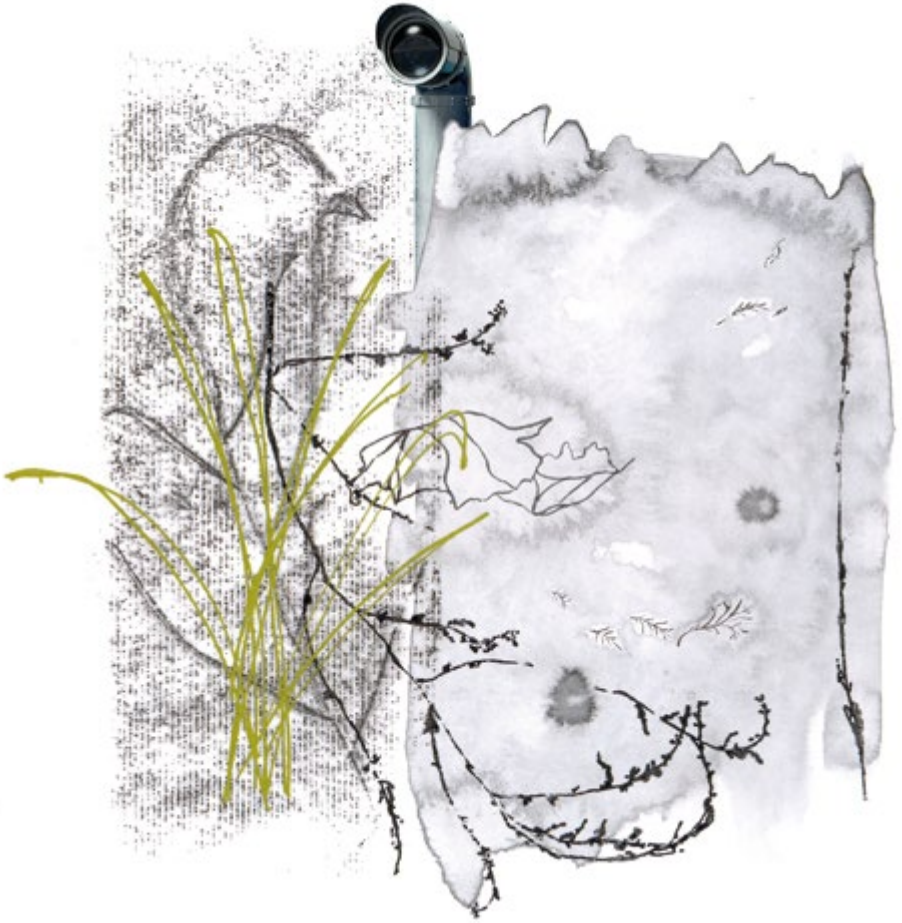
Ooh, you make me  
You make me feel so good.  
Ooh, I make you  
I make you feel so good.

Ooh, the sunny day comes.  
The sunny day comes...  
Ooh, the sunny day comes.  
The sunny day comes...

Ooh, the sunny day comes.  
The sunny day comes...  
Ooh, the sunny day comes.  
The sunny day comes...

Cause we know, cause we know,  
We can start a family.  
Cause we know, cause we know,  
We can start it all right here.





Time to live this.  
Time for laugh and shelter.  
Let's begin it,  
This is our creation.

Ooh, the sunny day comes.  
Ooh, the sunny day comes.

You make me  
You make me feel so good!  
Ooh, I make you  
I make you feel so good!

Cause we know, cause we know,  
We can start a family.  
Cause we know, cause we know,  
We can start it all right here.

## SUNNY DAYS

**En una ocasión,** me encontré a la salida del trabajo con Franky, y nos sentamos a tomar fresco bajo una fronda perfumada. Él estudiaba la hierba, pensaba, miraba los árboles, mientras yo recordaba mi infancia transcurrida entre edificios y confrontaba que nunca había tenido una de esas casas sobre los árboles que construían los chicos de los pueblos. Es más, nunca me había trepado a uno; apenas lo había intentado una vez, a los once años, y caí desplomado por haber elegido como apoyo una rama seca y quebradiza. Mientras Franky descansaba y pensaba, eché mano a varias ramas, las junté en el suelo y me paré frente a ellas, elevando la mirada cada tanto para descubrir con qué sería posible atarlas.

—Fran, intento construir una casa pequeña, como las de los chicos, esas que van sobre un árbol, y para las cuales se cuenta con cualquier cosa que se encuentra al paso. ¿Me ayudás?

Así lo hizo. De inmediato nos pusimos de acuerdo respecto de la reserva de esa casa: sería nuestra y de nuestros amigos más íntimos. Levantamos las ramas elegidas y las transportamos a un hueco que conocía Franky, entre árboles que daban a una pequeña ladera sombría. Prefirió asentar la casa sobre el suelo, y yo no me opuse porque el sitio elegido era perfecto para ello. Tiramos de unas chuzas cuyo nombre él conocía pero yo no, unas plantas blandas y frescas, cuya resiliencia nos ofrecía cordel suficiente. Esas plantas se conformaban solamente por tallo, y la parte que se enraizaba en la tierra era fortísima y muy larga. Cinchamos de varias de ellas hasta extraerlas de su seno; en menos de tres

horas, habíamos elevado una estructura digna para morar y para recibir visitas.

Estuvimos contestes también respecto de la creación de una entrada dificultosa. Y muy de acuerdo sobre la instalación de un periscopio.

—Esto supone que perpetraremos algunos robos a las señoras de la Comarca, Beef, porque andan escaseando los espejos—, apuntó Franky.

—Quién te dice; quizás pueda hacerme de varios trabajando en la Comarca—. Ante esto, Franky reaccionó con una sonrisa lateral y apuntándome con el dedo índice:

—No te hagas el vivo con las señoras, que si dejan sus espejos por vos, ya sé de qué estarás trabajando...

—Ni lo pienses, Franky.

Al final, sí que los robamos.

Fueron tiempos lisa y llanamente hermosos. La pequeña casa-escondite nos dio a Franky y a mí la soledad necesaria para varios descansos, que nos permitíamos a horarios de lo más diversos a causa de nuestras distintas actividades, y para fumar marihuana, que en esos tiempos ni siquiera me parecía un vicio. Encontré en el ácido Franky a alguien quien en nada me sorprendió ya por su inteligencia, pero sí con su corazón aún inocente y lleno de cariño. Él confiaba en pocas cosas, pero confiaba en mí. Y con sólo eso ya me quería con locura.

No invitamos a nadie a la casa hasta que se nos ocurrió que casi estábamos viviendo en ella como una pareja.

—Es hora de dejar de ser un matrimonio, Beef.

—Es cierto. Ya me tenés harto, nena mimada.

Hasta ese entonces, los crepúsculos eran nuestros.

Franky y yo disfrutábamos mucho del silencio, lo comprendíamos bien, nos llevábamos bien con él y sabíamos compartirlo. Además, él se alegraba cuando me veía regresar del suplicio de la Hora 18. Creo que es lo que más quise de ese gran amigo, siempre. Que fuera tan inteligente como para entender y degustar todo, como el silencio, fuera cómodo o no. Y que sin hacer una sola mueca sin embargo se le escapara por los poros el alivio de volver a verme. Por las noches también me reunía con Franky para la ‘gran cena comarcal’, y a veces coincidíamos con Erasmo y Débora, mis compañeros. Ella me parecía una persona hermosa. Con mirarla una sola vez, podía apreciarse que había sido muy bien educada y que era culta y sensible (como toda mujer que desde pequeña rindió muchas horas a la lectura). Con la cara redonda y las mejillas rosadas, enmarcaba unos ojos buenos e inteligentes que contenían toda la emotividad y la belleza del mundo. Y por sobre todas las cosas, no obstante el juicio de sus ojos inteligentes, tenía una sonrisa y unas manos gorditas que todo podían disculparlo. Me causaba gracia cómo se las arreglaba siempre para lucir impoluta en medio del campamento en que vivíamos, y yo solía hacerle bromas atinentes a las letrinas, que Débora sabía sortear cómodamente con una sonrisa desinteresada y el pasaje a un tema menos escatológico. Ella me hacía pensar en el cuento ‘La Niña Rosa’ de Denevi. Esa niña criada en su casa rosa, que cada día sale a la calle y conoce las inmundicias del exterior, pero que retorna al cabo al incontaminado rosedal de su dormitorio como si nada hubiera pasado. Imaginaba a Débora entrando cada crepúsculo a su hogar, debiendo pasar el umbral bajo un chorro de agua perfumada que

la deshiciera de mis sandeces y de toda la putrefacción de la vida que nos tocaba; su verdadero baño de la Hora 18. También tomé conciencia de que nunca la había visto en medio de ese trance desagradable que vivíamos todos los días Erasmo y yo, junto al resto de la Comarca. Me alivió la idea de que ella no sufriera esos exámenes, no me dio envidia. No hubiera querido ver que le hicieran la revisión. Era una persona muy entrañable, una fina y jovencísima madraza; no conocía demasiadas personas como ella, así que su ausencia en la Hora 18 me aliviaba de gran parte del terror a los arrestos para cuarentena que me acometían cada día. No hubiera tolerado ver pasar por ello a Débora, claro que no. Creo que además de quererla mucho, la amaba.

Con Franky tomábamos un paseo cada noche, después de la cena. No hablábamos nunca de la Hora 18 a la cual yo todavía estaba obligado. Hablábamos de libros. Él había leído muchísimos más que yo. Como no era esperable que estuviéramos por mucho tiempo en contacto con Hesse, Borges, ni Andersen, entonces nos contábamos las historias que nos habían gustado. Él recordaba muchos libros hasta en sus detalles mínimos, y los contaba deliciosamente. Era experto en Historia y Geografía, aunque porfiaba no serlo. Mi mérito era que coloreaba cada cuento de gran misterio. Entre los dos, la vida parecía un poco mejor de lo que era. Eso sin hablar de los deportes que hacíamos juntos: torneo de pis de lejos, esgrima con ramas y lucha libre, entre otros tantos, y las enseñanzas de supervivencia de Fran.

Los días transcurrían entre el trabajo que nos tocaba a Erasmo, a Débora y a mí en el diseño de las reglas de Derecho de Crisis, pasando por la desagradable revi-

sación de la Hora 18 a la que Erasmo y yo acudíamos tomados de la mano y rezando uno por el otro y por los dos a la vez, y finalmente las cenas y refrescos nocturnos para los cuales yo siempre convocaba a Franky. No estaba mal.

Pero cada vez que me retiraba para acostarme en mi bolsa solitaria, en la especie de garita donde vivía, en el centro del barrio de casillas comarcales, me asaltaba una negrura honda. Una oscuridad que no pertenecía a la noche sino a una realidad que evitábamos mirar de frente. Logrando ignorarla sólo de día. Subyacente pero ineludible realidad, que por las noches me buscaba y encontraba, cada vez.

De cualquier modo, la casa-escondite nos dio una felicidad de niños por no menos de tres meses. No sé si fueron los tres mejores meses de mi vida —no sé a qué llamar ‘mi vida’—, pero una vez que invitamos a Débora y a Erasmo a esa morada, volvimos todos a la infancia. Y lo hicimos abiertamente, sin disimulo. Franky estaba encargado de prestar atención al periscopio de vez en cuando. Se notaba su desencanto cada vez, porque ningún intrépido se acercaba a ser asustado.

Al cabo de unos días de haber construido la casa, contábamos con un enjambre de trampas, sordinas y luces de acecho, como para espantar al más valiente. Finalmente, una noche, nos encontrábamos los cuatro contando cuentos y fumando —excepto Débora, que era incapaz de tomar una sola bocanada—, cuando a una pareja de adolescentes se le ocurrió ocultarse cerca de la entrada de nuestra guarida. Franky los vio por el periscopio y se movió presuroso, como un helecho con un gato adentro, para activar todos los espantatontos que

teníamos. Una bocina vieja les aulló a los enamorados con tal brusquedad, al tiempo que los encegueció una intensa linterna de campaña, y los jovencitos salieron corriendo sin fijarse si sus almas seguían consigo. Me desternillé de risa. Pero Franky era maligno; no reía, sino que miraba fijo la huida de la horrorizada pareja.

Lo bueno era llegar a la casa-escondite, sortear los recodos de la entrada repitiendo la contraseña cada cinco segundos —por si estaba Franky agazapado con un soplamocos o arma peor—, y una vez dentro, descubrir que quizás uno no estaba solo, que otro también había tenido deseos de reunirse con la pandilla. Y lo mejor era que muchas veces la primera en llegar era la modocita Débora, quien había recuperado una jovialidad que le era natural (quizás olvidada cuando la conocí, quién sabe por qué.)

De cualquier modo, aun en soledad, era un reducto. Ese lugar donde uno puede llegar siempre y reencontrarse consigo. Aquel sitio de esa cadena de sitios, de eslabones sueltos y retirados, donde maguer las experiencias que se cosechen, los días que se sumen a la vida, se recobra la propia esencia (O mejor, *scent*, en inglés, usada en inglés ‘a scent of...’, quizás sería ‘that place with a scent of me’.)

Fueron tiempos en los cuales nos ocupamos de nuestras responsabilidades. Era una época dramática, pero nosotros teníamos un trabajo estable como lo habíamos tenido antes de la crisis. Y nos teníamos a nosotros. A veces me cuesta creer que nos lográramos separar un poco de la locura que el escenario general nos enrostraba. Éramos decididamente personas testarudas; nos

oponíamos a que una verdadera catástrofe nos llevara por delante y, no sin algún esfuerzo, lo conseguíamos.

\*

Cuando Débora y yo terminamos de redactar el Proyecto de Código Penal de Crisis, producto de nuestro benévolo y realista balance de las circunstancias, brindamos por ello con un licor de chocolate que Franky robó de la bodega de su jefe. Franky no solía reunirse con sus compañeros de laboratorio. Decía que conmigo lo pasaba mejor. Eso me halagaba, ¡me ponía loco de contento, qué val!, y yo no preguntaba más. Los días siguientes fueron transcurriendo sin que las actividades en el Departamento de Derecho avanzaran gran cosa. Débora, Erasmo y yo debíamos aguardar las observaciones del Proyecto Penal, para poder retomar el respectivo Código de Procedimientos, que Erasmo venía delineando. Ese tiempo ocioso provocaba que me pasara más horas inmerso en la idea de que algo oscuro nos circundaba y que no queríamos mirarlo.

Una noche, coincidimos solamente Franky y yo para la cena. Eludimos el condimento de sopa Gusty haciendo trueque con algo que precisaba el cocinero: un peine. Adminículo con el cual una señora coja me había pagado el aseo de su cabaña —que me había llevado todo el día—. El cocinero nos dio a cambio una bolsita de queso rallado. Cuando salimos a caminar, como lo hacíamos todas las noches, Franky me contó varias secuencias de su vida, y si bien yo atendía su relato con fruición, me costó un esfuerzo severo despejar la pesadumbre que venía sintiendo en esos días. En un momento nos quedamos callados, pensativos. Casi había logrado evadir

mis preocupaciones y evocaba la vida que Franky me había contado: sus hermanos ahora perdidos en distintas regiones del país, más pobres que la nuestra, y una vida cuasi-familiar a la que decía mirar por primera vez y en pleno campamento de crisis, con tanta revelación y felicidad. ‘No creas que estoy loco, Beef. Es otro tipo de felicidad; la revelación es eso. Otro tipo de alegría, la de bancarse las cosas como son.’





**YOU WILL KNOW** / You will know what's happening... / You will know what's happening... / You will know... // You will know what happens / In time, not right now. / It's a truth we will discover. / It's a mystery we should have never / Ever been through. // You will know what's happening / By crashing our destiny into a wall / By staring to each other's faces in this road we're going to take / We'll see nothing has ever been what they said. / And nothing will ever be how it used to be. // You will know what's happening... / You will know what's happening... / You will know... // You will know...

**Pero al cabo me preguntó** por qué había estado tan preocupado esos días. Lo había notado. Era Franky, no se le escapaba detalle.

—Fran, siento una inquietud insoportable. No quería contártelo porque cuando estamos juntos estoy bien. Pero tengo la sensación de que toda nuestra tranquilidad diaria, nuestro trabajo, los paseos y el escondite, no hacen más que tapar por un rato la verdad de lo que está ocurriendo. Ese velo de irrealidad se me descorre por las noches y tiemblo de miedo y horror. Creo que me enloquece pensar en las cuarentenas, en la gente que separan cada día de las filas al lago. Es como si... Bueno, como si no se hablara de eso en el 'Mundo Feliz' que se quiere iniciar, que se nos quiere imponer Darwinianamente. Bajas que no deben importar a nadie, súplicas que no han de ser oídas. Y sálvese quien pueda. Cada día, a la Hora 18, hay familias que se dividen. Los integrantes remanentes de esas familias son conducidos a otras cabañas o a piezas nuevas, cuyas puertas se cierran por dos o tres días. Al siguiente, lo que uno ve son casi-zombies que no se comunican con nadie, y nunca, nunca, Franky, se quejan. Ni siquiera una sola de esas

familias ha despotricado por el procedimiento mediante el cual pusieron a uno de los suyos en cuarentena. Madres que pierden a sus hijos, esposas a sus maridos, hombres a sus mujeres, y ni un sólo reproche a las autoridades, ni la menor queja, o pregunta, o solicitud de socorro. Silencio y abnegación. No me lo creo. Y... ¿desde hace cuánto tiempo no tenemos la menor noticia de la Capital Federal, siquiera de nuestra ciudad, que está un poco más cerca de aquí? ¿Siete meses?

Franky bajó la cabeza. Estábamos sentados al borde de un sendero, entre cipreses.

—Habrás notado que a mí no me tocan esas redadas de las seis de la tarde, Beef.

—Sí, por supuesto —contesté.

—Todas y cada unas de las tardes, entre la Hora 18 y la de la cena, me encierro a temblar en mi dormitorio. Por vos y por Erasmo. Débora también se salva de los controles, lo habrás visto.

—Sí.

—Ella también tiembla. Igual que yo; lo sé. Estoy seguro de que si no vuelvo a verte, Beef, me voy a volver loco. O peor, me volveré rebelde. Y contra lo que regla ese código de mierda que Débora y vos escribieron, voy a salir a matar a tiros a todo el mundo. No me queda gran cosa, Beef; vos sos un buen amigo. No quiero perder nada más. Estoy harto de lo que veo, inclusive de aquello de lo cual me salvo...

—Pero Franky, ni loco quisiera verte ahí con nosotros en la Hora 18. No te sientas mal, que para mí es un alivio.

—No es solamente eso...

—¿Y entonces qué es?

Nos quedamos en silencio por un buen rato. Varios minutos después, Franky me confió que había cosas que no deseaba contarme, de las cuales prefería cuidarme, para que no enloqueciera.

—Bueno, ¿y qué es esa negrura que sentís todas las noches?—, me preguntó.

—Supongo que en el fondo sospecho la sordidez de esas cosas que no querés contarme, Franky. Y me siento impotente. No hago nada para averiguarlas y cambiarlas. Me siento un cobarde. Pero ya sabés cómo funciona eso: la cobardía termina inventando a los fantasmas de la paranoia, que son peores que las realidades, hasta que un día a uno se le vuela el moño y hace una estupidez, o hasta que se tira de un risco.

Se rió con ironía y volvió a mirar al suelo. Su semblante estaba realmente desfigurado de la desazón. Me hacía daño ver así a un tipo tan entusiasta, tan inteligente. La Era nos estaba destruyendo a todos, de un modo o de otro.

—No podés cambiar nada, Beef. Yo ni siquiera puedo cambiar la mentalidad de la gente del laboratorio donde trabajo. Se sienten los dueños del país. No les importan esas cosas que te importan a vos. Es más —me miró fijo y acercó su índice a mi rostro—, acordate de lo que vas a oír: esa gente se siente muy feliz de que ocurra todo esto; ha conseguido un poder que jamás hubiera alcanzado si toda esta desgracia no hubiera se nos hubiera venido encima.

Me quedé mirándolo seriamente, sopesando sus palabras. Él sostuvo su mirada por un par de segundos, pero luego bajó el mentón casi contra su pecho, para luego elevar los ojos al frente, fijos en un punto en la

lontananza, girando apenas la cara, a un lado y al otro. Su mente debía estar midiendo: ‘No me jodas, Beef; no me jodas que tengo que andar explicándotelo todo, y por favor no me vengas más con estas cosas’.

Ya no me habló. Hasta que se despidió para irse a dormir.

\*

Me guste o me reviente, soy abogado. Siempre lo fui, por algo lo he sido, y nada podía cambiarlo siquiera en tiempos del Desastre. Por estúpido que suene, mi vocación nunca había sido la plata, sino vivir con justicia.

Al día siguiente, entré a paso firme a nuestro bufet de cagatintas. Débora notó que llegaba enojado, así que esperó la explicación pertinente, apoyándose contra el respaldo de su silla de madera, mirándome con esos tiernos ojos suyos de almendra.

Mientras tanto, Erasmo se esforzaba por dar al agua de café un sabor más concentrado. Erasmo era solamente un pibe de veintitrés años. Recibido en Derecho a los veintidós y con la carrera de Economía en gran progreso, todo un genio, la vida le cambió por completo cuando su querida inclinación por la empresa y las sociedades comerciales careció de todo sentido en la vida comarcal. Pero el chico estaba acostumbrado a las picardías de la vida. Con una locura inmensa por los deportes, irónicamente había recibido un cuerpito esmirriado que no le regalara más que unas lesiones dorsales irreversibles cuando intentó mejorar su porte en el gimnasio. Y para colmo, tenía un cerebro capaz de medir cada una de las implicancias de su temprana e incapacitante equivocación juvenil. Cada tanto, debía-

mos recostarlo un rato para que superara sus dolores dorsales. Por las dudas que pronto se redujeran los insumos, intentábamos no extinguir nuestro acervo de calmantes y antiinflamatorios. Bueno, lo cierto es que Erasmo no estaba en condiciones de prestar atención a mi humor de ese día: con que no le doliera demasiado la espalda estaba por demás contento, y un logro con el entintado y el aroma del agua de café podía valerle la pena al día entero. Así que no me prestó atención. Déborah esperaba la explicación de mi mufa.



## FANCY CLOTHES

Lose my fancy clothes  
In the darkness.  
In the darkness.  
Lose my fancy clothes  
In the darkness.  
In the darkness...

To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,

You say  
You say  
You say alone I'll find my way.  
You say  
You say  
You say alone I'll find my way.

Don't believe  
The sun will shine all the way.  
Don't believe  
The sun will shine all the way.

To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,  
To behave as a monkey man,

You say, you say,  
You say alone I'll find my way.  
You say alone I'll find my way.

Don't believe  
The sun will shine all the way.  
Don't believe  
The sun will shine all the way.

Will I find my way?

La la la la...

—**Bueno, creo que podríamos dejar de hacer esta espera de equipo todos los días y dedicarnos a lo que realmente importa, ¿no, Débora?**

—**Buenos días, Nicolás Espósito. ¿Y qué sería eso que tanto importa, que te trae de semejante humor?**

Avancé hasta su escritorio, apoyé mis codos en él y los deslicé por la madera hasta que tuve mi cara cercana al otro borde, próximo a ella.

Counting all my movements,  
They may be wrong.  
Every little thing here becomes so strong.  
In times like these, what can we do?  
All right, I know it's true:  
I am losing ground.  
What about you?  
What about you?

Don't believe  
The sun will shine all the way.  
Don't believe  
The sun will shine all the way.  
Will shine all the way.

La la la la...

Counting all my movements,  
They may be wrong.  
Every little thing here becomes so strong.  
In times like these, what can we do?  
What about you?

La la la la...



—Los derechos de los desterrados, Débora; eso es lo que le importa a este abogaducho que pierde el tiempo en esperar el veredicto de nuestro código inútil. Los derechos de la gente que es sometida a las cuarentenas, y el incomprensible silencio de sus familias, la falta de quejas, la inexplicable falta de quejas de las madres que pierden a sus hijos y de mujeres que pierden a sus esposos, etcétera, etcétera, etcétera, cada día, a la Hora 18. No estamos haciendo nada al respecto. Eso es lo que me tiene mal.

Débora me mantuvo la mirada sin que se le moviera una sola pestaña. Su única y paulatina modificación fue la pérdida de su dulzura. Entonces esperé a que mutara un poco; no estaba acostumbrado a ese semblante severo que ella mostraba en ese momento. Pero solamente logré que empezaran a dolerme los codos, que seguían apoyados en su mueble, y mi cercanía, demasiado íntima, que no era recibida con gracia. Erasmo dejó de servir el agua de café y continuó de espaldas a nosotros, mudo y expectante.

Al rato, Débora se miró las uñas y con un susurro muy bajo, me dijo:

—Podemos hablar de cualquier cosa que desees, Nicolás. Es más, puedo aceptar que estés angustiado y sientas que lo que te trae no admite dilación ninguna. Lo que no voy a tolerar es que seas tan pelotudo, que vengas acá malhumorado y casi a los gritos, con inusitado frenesí de justicia, a intentar hacernos creer que sos el único que se ha puesto a pensar en la fórmula de la pólvora. Te lo voy a decir una sola vez: no te creas mejor que nadie, pedazo de tarado. Y no arriesgues a los

demás salvo que tengas un plan maestro. Si lo que traés son pancartas, por mí podés guardártelas.

Era una gran novedad que Débora supiera pronunciar la palabra ‘pelotudo’, una novedad superadora de todos mis prejuicios, pero la escena me dejó mayores motivos de desconcierto. Quedé mudo. Erasmo me miró como lo hace un profesor de matemáticas con el buen alumno que creyéndose un genio terminó perdiendo la materia por no ejercitarse.

Débora jamás había tratado a nadie de ese modo. Me limité a pedir disculpas, me senté en mi silla, y tranquilicé a mis compañeros con lo poco que pude decir:

—Es que hay temas que no me dejan dormir. Pero lo de recién no volverá a pasar. Ni nada parecido. Lo prometo.

Intenté que comprendieran que esta última frase iba en serio, para lo cual me quedé todo el día sentado, tranquilo, repasando artículos del Proyecto de Código Procesal Penal que estábamos iniciando. Inclusive traté de parecer entusiasmado con lo que estaba haciendo, como días antes. No esperé realmente gran cosa, pero a la hora de despedirme de Débora, exactamente a las 17.30, confié que ella me regalaría una mirada de consuelo que sin embargo no llegó. En estas cosas siempre fui como un chico, siempre necesité ánimos para presentarme a los exámenes. Más aun lo precisaba cuando se trataba del test de la Hora 18.

Erasmo y yo caminamos el sendero en silencio. Llegados al cruce del río, lo iniciamos con el júbilo de siempre, bajando del puente en sus últimos metros y haciendo carrera sobre las piedras del final del reco-

rrido. Perdí, y no solamente eso, sino que también me esguincé el tobillo al resbalar sobre una piedra mojada. Empapado y dolorido, conté con el hombro de mi compañero para salir. Hicimos bromas acerca de las chances de que un cojo y un joven con las vértebras arruinadas pudieran culminar el trayecto. Prescindi de mi remera para vendarme el tobillo con parte de su tela y llegamos en buen tiempo a la revisión. Antes de integrar las filas, Erasmo me detuvo del brazo:

—Nicolás, no sos el único que piensa en lo que pasa en las cuarentenas. Todos meditamos al respecto. Entendé a Débora. No te va a confesar que ya te ha disculpado por lo que hiciste hoy, y no esperes que lo haga. Desde luego que te perdona e inclusive te comprende, pero no te lo va a demostrar.

—No entiendo por qué.

—Por la manera como llegaste a la oficina y hablaste del asunto, con total desparpajo, sin fijarte si alguien podía oírte. Te aseguro que a mí me pareciste de lo más descuidado, y a Débora le diste la misma impresión. Y te lo dijo. Si te deja pasar estas cosas, nos arriesgás a todos.

—Sí, pero me disculpé en el acto, Erasmo... En fin, no importa. Ya pasó.

—Pero hay una cosa que quiero que sepas de ella. Hace dos días, cuando salimos de la oficina para venir al baño público, olvidé el libro que estaba leyendo y volví a buscarlo. ¿Te acordás? —Le contesté que sí, que por supuesto—. Bueno, Nicolás, encontré a Débora llorando. Me preguntaste por qué me retrasé, pero no quise decírtelo. Es una mina fuerte, y me hizo sentir inseguro y triste verla así, de modo que le pregunté qué pasaba. No

daba más de la angustia, pobrecita. Me rogó que no te lo contara; dijo que estaba harta de vernos irnos hacia esta lotería de las seis de la tarde, todos y cada uno de los días. Nos quiere mucho, Nicolás. Te parecerá una tontería, pero con lo solo que he quedado, ustedes, que son mayores que yo, han venido a reemplazar a mis viejos. Y yo necesito que me den seguridad, como intenta hacerlo Débora. Te pido que hagas lo mismo.

—Uy, me emocionás con esto, Erasmo.

—Bueno. Y yo necesito verlos fuertes. Se lo dije a ella y ahora te lo digo a vos. Por eso es que Débora no va a aflojar con lo que pasó hoy. Va a estar seria hasta que confíe en que no volverás a cometer una imprudencia.

—Clarísimo, compañero. Quedate tranquilo que aprendí la lección. Como bien sabrá el estudioso que sos, con el sueño de esta noche se me arraigarán los conceptos, así que vamos, terminemos con este trámite diario y vámonos a cenar con Franky y Deb.

Erasmo sonrió. Realmente era casi un nene. Inteligente, pero un nene al fin.

Pasamos la revisión tomados de la mano todo el tiempo que pudimos, como siempre. Esta vez no enjuagué el llanto de mi cara con el agua del lago. Esta vez miré hacia atrás, con gran disimulo, cuando don Roque, el ayudante de cocina, fue separado de su fila con las manos atadas. Su mujer chilló y chilló; dos gendarmes la abrazaron y acompañaron su llanto y sus gritos con caricias de consuelo. Y esos mismos gendarmes la levantaron cuando las piernas de la señora no dieron más. La ayudaron en el baño y la secaron. Mientras terminaba de vestirme, observé cómo entraban los hombres de blanco —unos monigotes envueltos de pies a cabeza en

trajes impermeables— y rociaban la casa de don Roque y señora con algún tipo de desinfectante. Después fajaron la vivienda. La señora fue conducida, como se estilaba, a una nueva cabañita. Siempre destinaban a los familiares de los desterrados a las viviendas monocordes del oeste, un tanto aisladas de los demás mini barrios de la Comarca. Y todo el grupo conviviente del exiliado quedaba sometido a revisiones reiteradas, a veces hasta cinco o seis durante cada jornada, por unos dos o tres días. Después, todo volvía a la normalidad.





**FAMILY**

On my way back home,  
There's a dream that glows.  
On my way back home,  
I build a better world.

On my way back home,  
I can see your face,  
On my way back home  
I really hear your name.

Cause in my dreams I have a family.  
We need our daydreams to survive.  
Cause in my dreams I have a family,  
Is there a better hope to have?

On my way through trees,  
I believe I see  
A secluded house,  
A garden and a dog.

Complete the picture with  
Doormat with a smile.  
And there's you and me,  
So we can make a start.

Is there a better hope to have?

On my way back home...

Cause in my dreams I have a family.  
We need our daydreams to survive.

Is there a better hope to have?

Cause in my dreams I have a family,  
We need our daydreams to survive.

Imagination builds  
A new reality.  
It's time for us to see  
We live in family.

**Esa noche** cenamos todos juntos, Déborah, Franky, Erasmo y yo. El bueno de Francisco había conseguido naipes franceses, así que me exigió que cumpliera mi promesa de enseñarles a jugar al tutesillo. Aprendieron en un santiamén, así que acometimos nuestra primera partida esa misma noche, la cual duró hasta las dos de la mañana. La luz de los candiles en la cabaña de Franky generaba la única atmósfera de la Época del Gran Desastre que difícilmente hubiera querido cambiar por ninguna otra. Nuestras caras centelleaban entre el anaranjado y el amarillo, moteados de sombras al antojo de las velas. Franky había conseguido que sus tapices tuvieran el tinte terracota que había buscado en varios intentos, y había barnizado su mesa ratona y sus banquetas en moreno. Solamente nos faltaba contar con libros de Poe para hacer que nuestras noches fueran las mejores que pudiéramos esperar en esa vida.

Franky ganó la partida. Bromeamos acerca de su suerte de principiante. Y yo le dije que lo suyo era el colmo de la buena fortuna, echando la culpa de mi derrota en la última mano a la jota de diamantes, que me había atorado hasta hacerme de una baza que no me correspondía, y para colmo, justo cuando oficiaba de pie y sin poder siquiera elegir con libertad mi apuesta.

—Para que no embrujes otra vez a esta jota en tu laboratorio y me hagas perder de nuevo, me la voy a quedar hasta la revancha—, lo desafié. Guardé la carta en un bolsillo de mi jean.

La revancha nunca tuvo lugar. Al tutesillo sólo se puede jugar si participan al menos cuatro personas, y nunca más fuimos cuatro. Ya no.

\*

La mañana siguiente discurrió con normalidad. No había prisas en nuestro Departamento de Estudios Legales, así que me tomé un descanso matinal hasta las once. Llegué con flores. Débora me preguntó a qué se debía la demora, y le conté que para hacerme de un jarrón de barro, que exhibí muy conforme de mí mismo, había tenido que lavar los calzones de la Señora Domínguez durante una semana. Débora agitó una mano en señal de que estaba harta de caer en mis relatos a la sazón todos mentirosos y de mal gusto. Erasmo, en cambio, preguntó por la señora Domínguez, a lo que respondí: 'Bien, gracias, a juzgar por el mejor aroma que gracias a mí tendrá hoy su viejo traste' (lo dije sin dejar de mirar fijamente a Débora, por supuesto).

Después del almuerzo de arroz y roast beef enlatado, que Deb no pudo evitar examinar y diseccionar hasta que le resultara suficientemente magro, nos tocó abocarnos con mayor fruición a la lectura de un despacho que nos telegrafiaron, el cual provenía de Cipolletti. En esos días, allí se encontraba comisionado nuestro Delegado Comarcal del Ministerio de Justicia, Don Enrique Gómez Piña. Nos había escrito:

PROYECTO PENAL CONFORMA stop CON CAMBIOS LEVES  
stop AVANCEN PROCESAL stop VIERNES REUNIÓN stop

Nos sentimos contentos. Cambios leves podía significar cualquier cosa, pero al menos no implicaría un trabajo desde cero. Y podíamos avanzar con el proyecto de Código Procesal Penal que hasta entonces había estado preparando a solas Erasmo. Habría mucho trabajo. Desde los primeros artículos notamos que Erasmo había

sido excesivamente generoso con los plazos. Era un Código de Crisis, había que hacer distingos en función del hecho generador de la intervención de la Justicia que el Código de tiempos normales no era capaz de prever. La discusión se puso grave cuando cuestionamos qué reproche debía contar con un proceso corto y qué figuras ameritaban uno alongado. Los delitos sexuales eran en mi criterio algunos de los que debían contar con proceso de mediano plazo, sin perjuicio de una prisión preventiva inmediata y sin excepciones en caso de contar con dos indicios (todos estábamos contestes en el retorno absoluto a la prueba tasada). Débora creía que el mediano y el largo plazo de los procesos podrían darse de a patadas con las diversas situaciones de cada comarca en punto a la prisión preventiva.

—¿Qué sabemos nosotros acerca de cómo se está viviendo en Capital o en Córdoba... , en Rosario, Nicolás? Quizás no estén en condiciones de dar a caso alguno una resolución en tiempo razonable, como tampoco se podía antaño, y si ponemos preventiva durante todo el proceso, eso podría suponer un castigo eterno sin condena alguna. No olvides que bajo estado de sitio se pretende que preparemos un código procesal único para todo el país.

Fue necesario contestarle en susurros.

—Deb, Erasmo, acérquense.

Lo hicieron.

—Yo no sé qué piensan ustedes de la vida en Capital. Personalmente, dudo que allí exista vida, al menos en la forma que nosotros conocemos, y de veras me parece que aquí estamos elevando meramente un código tendiente a ordenar la vida en las distintas Comarcas que se han formado, no a nivel de caos. Fíjense que la

reunión para la cual viajó nuestro jefe no se hizo en Capital. Ni siquiera en La Plata, ni en Bahía Blanca. La reunión de Gobierno fue en Cipolletti, muchachos. La Capital no debe existir... y si existe no le debe importar un rábano el Código que estamos escribiendo.

—De eso nada sabemos, Nicolás—, refutó Débora, mirándome con bronca, reprochándome que fuera tan directo. Se le escapó una ínfima mirada de soslayo hacia Erasmo, quien interrumpió la discusión:

—No quieras protegerme tanto, Débora, no así. Yo pienso lo mismo que Nicolás. Y vos también. No hay motivo alguno para disimular lo que creemos. Hagamos un Código Procesal diseñado para las Comarcas, en función de la única que conocemos. Así trabajamos con el Código Penal y nos fue bien, ¿no?

—Bueno, es cierto... Ok; estamos de acuerdo—, selló Débora, dando una palmadita sobre el escritorio con su mano rolliza (cuánto amaba esa combinación de extremidades gorditas, cuerpo gordito, cara redonda, y esos ojos de almendra de Débora, tan buenos...) Sí, la amé tantísimo.

—Bien —secundé—. Entonces propongo que estudiemos tranquilos y que cada uno vaya componiendo su idea de las cosas. Si discutimos de antemano, quizás evitaremos que surja un punto de vista interesante.

Así lo hicimos los tres. Ese día por vez última.



I guess it's time to feel the fear.  
*My friend, we have to go.*  
I'll be beside ya, no need for tears.  
*My friend, we have to go.*

18



[3] | My friend, we have... my friend, we have to go.  
Oh, maybe we have...

My friend, we have...  
My friend we have to go  
/my friend it's time to go.../  
My friend, we have to go. [2]

I guess it's time, I guess it's time to feel...  
*My friend, we have to go.* [2]

We'll walk and talk, then we'll be here.  
*Maybe, but I don't know.*  
You take my hand, I need you near.

*My friend, we have to go...*

I guess it's time to feel the fear.  
*To feel the fear.*  
I'll be beside ya, no need for tears.  
*My friend, we have to go.*

We'll walk and talk, then we'll be here...  
Maybe, but I don't know.  
You take my hand, I need you near.  
*My friend, we have to go.*  
My friend, we have to go.

Again, it's time to feel the fear. [2]

*All the days we had to work*  
*We made jokes,*  
*Our laughter took the hours,*  
*We built our lives...*

*We built our lives.*

**Se me hicieron** rápidamente las cinco y media de la tarde. No me ocurría eso desde que estábamos trabajando en el corazón del Código Penal de Crisis. Me dio el mismo cachetazo de desazón que en aquellos días. Un día de un sol glorioso, de buen trabajo, de pensamiento complejo y entretenido, abruptamente interrumpido por la verdad grosera y opresiva de la coyuntura en la que estábamos inmersos. Me volcó el corazón. ‘Lo peor de esta Hora de mierda es su falta de glamour’, pensé en broma para aliviar un poco el impacto.

Débora no pudo evitar un suspiro angustioso. De inmediato volvió a los papeles, y apenas nos saludó, al retirarnos Erasmo y yo.

—Hasta la cena, Debita.

—Hasta la cena, Nico... Chau, Erasmo.

Del tobillo andaba mejor. Pero con el correr del día, se me había hinchado bastante. Erasmo quiso tranquilizarme diciéndome que ese día seríamos dos quienes andaríamos a paso lento, de modo que no tenía motivos para apresurarme. Se quitó el zapato izquierdo y me mostró una laceración inquietantemente profunda. Quiso despejar mi preocupación y sonrió:

—Me la hice de bobo, nomás. Anoche tuve una pesadilla y desperté con sed. Salí de mi cabaña descalzo y ¡zas!, me tropecé contra un tronco, perdí el equilibrio, y este pie, que buscaba retomarlo, se encontró con cortezas astilladas en el camino.

—¿No tenías bebidas en tu cabaña...?

—La señora de la cabaña de al lado deja todas las noches un tarro con jugo de moras contra su puerta, que es riquísimo y de noche refresca deliciosamente. Me autorizó a beber de él cuando gustara.

—Erasmus, tenés feo ese pie. Mejor vayamos a ver a Franky; él conoce a los mejores doctores y será discreto.

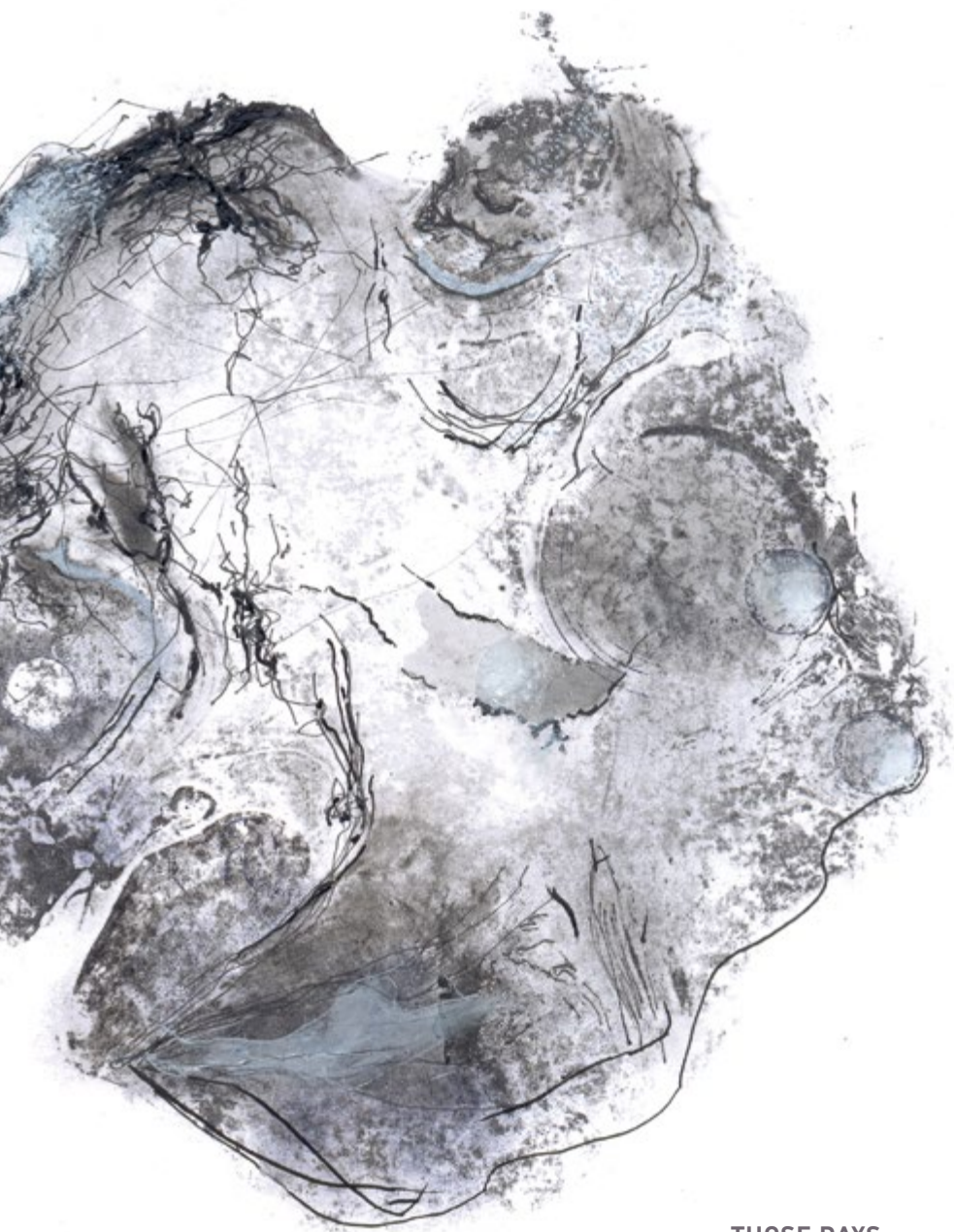
—No; está bien. Cumplamos con este trámite de todos los días y veamos a Francisco después para pasarlo bien, como siempre.

—Vamos ahora, Erasmus. Lo máximo que pueden hacernos por perdernos la revista es un chas chas en la cola y una revisión después. Pero yo me quedaré más tranquilo si te ve Franky antes que ellos.

—No exageres, Nicolás. Estoy bien. Solamente tengo que cambiar el vendaje cada tanto. Dejame que ahora termino de ponerme uno nuevo, y nos sacamos de encima el problema de la revisión. No quiero ni el chas chas ni tener que soportar que interrumpen nuestra partida de tutesillo o nuestra cena recriminándonos por ese chequeo estúpido. Dejate de embromar. Vayamos. Además, no me gusta destacar en ningún sentido entre los gendarmes. Nada de chas chas. A las duchas.

—Como quieras...





THOSE DAYS

What can I do,  
What can I prove,  
What can I show,  
Where can I go  
With all the innocence we've lost.

What can I do,  
What can I prove,  
What can I show,  
Where can I go  
With all the innocence we've lost.

Maybe we'll heal,  
Maybe we'll die,  
Maybe we'll fall,  
Maybe we'll flow,  
With all the innocence we've lost.

Is there a road,  
Any new hope,  
Is there a force  
Or any code  
In all the innocence we've lost.

We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.  
We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.

All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.

What can I do,  
What can I prove,  
What can I show,  
Where can I go  
With all the innocence we've lost.

What can I do,  
What can I prove,

What can I show,  
Where can I go  
With all the innocence we've lost.

Maybe we'll heal,  
Maybe we'll die,  
Maybe we'll fall,  
Maybe we'll flow,  
With all the innocence we've lost.

Is there a road,  
Any new hope,  
Is there a force  
Or any code  
In all the innocence we've lost.

We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.  
We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.

All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.

We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.

We'll miss all these days,  
The shadow... (entered, my friend).

We'll miss all these days,  
The shadow has entered, my friend.

We'll miss all these days...  
...entered, my friend.

All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.  
All the innocence we've lost.

**Fui el colmo de los idiotas.** Débora no me lo perdonó. O no sé... Sé que yo no me perdoné.

Cuando arribamos a las filas frente al lago, atendimos la pisada de Erasmo. Se mantenía bastante bien, dentro de todo. La herida no me gustaba. Pero supuse que el agua helada no le haría mal, así que deseé terminar rápidamente con toda la parafernalia de hisopos y termómetros y darnos un buen baño. Para ese pie no iba a ser necesario aplicar los calentadores.

Un enfermero de ojos claros y fríos pasó los hisopos por diversos lugares de mi piel y dispuso una ventosilla en mi oreja. Ni bien empezó, solté la mano de Erasmo. Siempre intentábamos que no nos creyeran una parejita de enamorados ni tampoco de hermanos, así podríamos ir rezando y dándonos ánimos en la misma hilera. Entonces, cuando nos tocaban los exámenes, nos soltábamos e interrumpíamos las oraciones.

Cuando noté la presencia de los gendarmes detrás de mí, di la vuelta de inmediato, creyendo que el enfermero de ojos de hielo que me revisaba con hisopos y maquinillas los había convocado. La sensación de ser señalado en esas circunstancias me dio un pavor que jamás había conocido en la vida. Pero era otro enfermero quien los había llamado: el que revisaba a Erasmo. Mi joven amigo tenía el semblante colmado de incredulidad e inclusive de sobrada confianza. El pobrecillo creía que era un error. Yo, con treinta y un años, era suficientemente más viejo como para componerme cabalmente que no existía error alguno. El corazón me repicaba con violencia, casi como si fuera a independizarse de mi pecho antes de que el incidente terminara. No se sabía

qué era lo que continuaba contaminando a la gente de la Comarca, a la gente que hacía casi un año que estaba alejada de las aguas impuras. El equipo de Franky había logrado detectar algunas zonas infestadas de toxinas asimilables a la porquería verde que había causado el Gran Desastre, y esas zonas estaban cerradas desde hacía más de seis meses. Era incomprensible el caso de Erasmo y también todos los demás casos en esos días. Si en el suyo se trataba de la herida, peor aún, porque no había llegado a incubar la porquería siquiera veinticuatro horas, y ya era detectable... Debí creer, como lo hizo Erasmo, que había un error. Pero nunca habían existido equivocaciones; solamente señalamientos, separaciones de las filas y desaparición perpetua.

Mi conciencia sugería que en todo aquello había alguna mentira, que nadie estaba infectado, pero en ese momento no quise creer que pudiéramos encontrarnos atados a una locura injusta.

Lo vi irse...

... apenas. Un gendarme me empujó sin piedad alguna:

—Dale, flaco, avanzá, que si no, nos quedamos acá hasta la medianoche. ¡Dale, te digo!

Un nuevo empellón me puso de cara al lago. Ese lago donde tantas veces había depositado todo el vómito y todas las lágrimas que jamás creí que vertería en mi vida. Esa vez lloré y temblé de vergüenza, de tristeza, de desesperación... Esa vez conocí una pérdida vívida, que recordaría siempre, con nombre, con rostro. Nunca supe quiénes eran mis padres, por qué los perdí o nunca los tuve, cuáles eran sus rostros. Esta pérdida era diferente: Llena de amor quebrado.

Un dolor punzante que había conocido entre algodones perfumados de guardería de niño expósito y todo el resto de mi existencia en bocanadas de soledad abandonica, me volvía a abofetear, pero esta vez por mi responsabilidad..., o yo lo creía así.

Y esta vez había perdido... casi a un hijo.





Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
Couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Don't forsake me,  
I'll always be your friend.

Now again, it's time to heal.  
Now again, it's time to heal.

Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Don't forsake me,  
I'll always be your friend.

You made me feel this place was safe  
But I am dying.  
You made me feel this place was safe  
But I am dying.

Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Please don't hate me,  
I couldn't leave this game.  
Don't forsake me,  
I'll always be your friend.

Come again, it's time to heal.  
Now again, it's time to heal.  
It's time to heal.

## PLEASE, DON'T HATE ME –TO DEBORAH

Now again, it's time to heal.  
Now again, it's time to heal.

But I am dying.  
You made me feel this place was safe  
But I am dying.

But I am dying.

But I am dying.

**La rabia no tardó en llegar.** En los ojos de Franky esa misma noche supe que él ya lo había adivinado. Que se avecinaba la rabia más feroz. Lo que yo no sabía era que mi rabia sería la de él, y que mi arrojito sería el suyo. Estábamos hartos los dos.

Débora no nos quiso ver esa noche y no fue a trabajar por doce días. Cuando volvió, todavía lucía descompuesta y ausente. No había perdido la amabilidad, no del todo. Pero era como un fantasma, estaba en otro plano y todo rasgo suyo era apenas visible.



**Tuve varias conversaciones** con Franky. Lo exhorté, por lo que más quisiera, a que me contara de qué se trataba toda esa miseria, qué ocurría con los exiliados. Franky no sabía tanto. Era más lo que adivinaba que lo que realmente conocía del tema. Pero sospechaba atrocidades.

—Beef, imagínate lo peor. Imagínate que a los infectados les hagan pruebas mientras viven, que después los maten, que les hagan autopsias completas y no les quede un hueso cercano al otro. Listo ¿Y qué? ¿Quién se va a quejar de que actúen de ese modo para descubrir cómo se sigue enfermando la gente y entender cómo superar este desastre? Quien logre la respuesta al enigma recibirá el Nobel de Medicina. Si cien años después se descubre que las maniobras para descubrir y solucionar el problema fueron atroces, bueno, no tendrá sentido cuestionarse el asunto. Las pestes son así, viejo. Ya leíste ‘El Decamerón’, ¿no? Hasta que se llevaron a Erasmo conseguimos, al máximo posible, pasar los días contándonos historias y distrayéndonos como los personajes de Boccaccio. Quizás se acabó. O quizás debemos seguir haciéndolo. Hoy no sé qué pensar y me siento demasiado mal con esto como para planteármelo.

—Yo estoy muerto, Franky. Yo dejé que se lo llevaran.

—¿Y qué pretendías hacer? Se lo llevarían de todos modos, y si te hacías el héroe, a vos también. Ni siquiera te hubiera defendido la gente de la Comarca, que le tiene miedo al contagio, a pesar de que ya se sabe que esta pandemia no se transmite por cercanía. Todo el mundo hubiera caminado a diez metros de vos. Y si te ponías gallo, tus mismos vecinos te hubieran inventado crímenes para convencer al ejército de que te hiciera

Forget forget my life;  
I'll find my way.  
Forgive me if you can;  
What can I say...

Hope for no mercy 'cause I know  
I did not save someone you loved.

# T R A V E L

I'm travelling.

So long...

No need to wait for me.

I'm travelling.

So long,

No need to wait...

Forget the time we spent

Together, every day.

Forgive this loss I know

you shall recall.

Beware of this madness we are in,  
I hope you'll find some kind of peace.

[3]

I'm travelling.

So long...

No need to wait for me.

I'm travelling.

So long,

No need to wait...

[4]

Forget my life,

Forget our dreams.



desaparecer. Deberías conocer cómo funciona el horror. Has leído suficiente como para saberlo. Cuatro o cinco cobardes asustados entre cien justos y ya tenés una eficaz cacería de brujas.

—Hay cosas que te asquean en todo esto, Franky, y no me las contás.

—Es que... no puedo, Beef. No quiero hacerte más daño.

—A esta altura no me importa hacerme *más* daño. Y realmente no sé si la gente que se llevan está infectada o si es puro camelo.

—Es el peor momento para contarte esas cosas. Y no..., yo tampoco tengo claro que a estas alturas haya gente contaminada en esta Comarca. Ya la revisamos por entero. Es casi imposible.

—Quiero ir a Buenos Aires.

—¿A qué? ¿Qué sabés vos de Buenos Aires?

—O a La Plata... A Bahía Blanca, por lo menos.

—No entiendo para qué irse de esta Comarca. Menos aun a la provincia de Buenos Aires o a la Capital, si desde hace tiempo que no recibimos noticias de más allá de Cipolletti.

—Para enfrentar lo que pasa. Para saber. Para luchar por algo. No tengo nombre, Franky, vos conocés de dónde viene mi apellido, así que suponés con toda razón que nunca tuve a nadie. Erasmo me dijo que Débora y yo éramos como sus padres. Y decime adónde carajos está ahora Erasmo, a ver... en Disneylandia no está; todavía papá Nico y mamá Deb no habían decidido llevarlo. Está en la misteriosa cuarentena, cuyas respuestas me parece que se encuentran en aquellas ciudades de las cuales hace meses que no sabemos nada.

—Hay legionarios, digamos... grupos de Elite formados como la mona, de un día para el otro. Peor preparados que los colimbas de antes. Si querés unirte a ellos, dale. Podés llegar a Bahía Blanca, o a lo que quede de ella.

—Contame qué pasa allá, Franky. Contame dónde se llevan a la gente.

—Escuchame, Nicolás. Por lo pronto, pasa algo tremendo. Están peleando contra deformaciones. ¿Entendiste? Por lo menos en Buenos Aires seguro que es así. Más vale que te calles de ahora en más... Mi hermana mayor está en Bahía Blanca. Me quiero unir a los grupos para llevármela de ese lugar, que seguramente también se habrá vuelto un infierno. Y sí, claro que tenés razón; yo también estoy harto de muerte, de horror y de jugar a que no pasa nada en la mejor comarca que ligué por ser el mimado del Instituto, mientras lo que sé que queda de mi familia está haciendo enfermería en lo que fue nuestra ciudad, en las ruinas deplorables que dejó la codicia de esos hijos de puta que quisieron hacerse la guita loca en un santiamén venenoso. La grosera codicia se llevó gente estupenda y quizás también se haya llevado a mi hermana. Hace doscientos días que no sé nada de ella.

Por primera vez, Franky me miró sin disimular la desesperación temblorosa y frágil de sus ojos.

—Se terminó, Franky—. Me puse de pie. Enfrenté al biólogo y le di una mano para que se levantara del montículo donde nos habíamos sentado—. Vamos a buscarla de inmediato. No estoy jodiendo. Estoy casi muerto con esto de Erasmo. Pero si no hacemos nada con respecto a tu hermana, en un tiempo estaremos

muestrados. Y eso no quiero verlo. Si nos tienen que matar, que sea de verdad; no seré un zombie como la señora de don Roque. Y no pienso verte a vos así.

Franky se puso de pie y después de un resoplido me confió lo último que necesitaba saber:

—Los dopan.

—¿Qué?

—A los familiares de las personas puestas en cuarentena. Los dopan, por eso no hay quejas. Ni siquiera se dan cuenta, por un buen tiempo, de que están dopados. Y para cuando lo descubren, ya tuvieron que acudir a una serie de clases al mejor estilo ‘La Naranja Mecánica’ que para colmo los convence de que lo que se está haciendo está bien, inclusive llevarse a sus seres queridos. Va a ser mejor que ninguna autoridad descubra que estás triste por lo de Erasmo ¿De acuerdo? Por favor, Bifito.

—No tengo el menor motivo para quedarme acá, Franky. Ya entendí. Procurá que entremos en el equipo de Elite lo antes posible. Yo voy a simular que soy un entusiasta bobo. Me guardaré toda la bronca hasta que recuperemos a tu hermana. Sin ella de regreso, no me interesa volver acá.

—Bueno. Te pido que lo reconsideres. Lo de mi hermana es asunto mío.

—Y vos sos el único asunto que me queda en la vida, Franky; ya ni siquiera le hago bien a Deb. Así que no tengo que reconsiderarlo.

Entre nosotros se hizo una pausa. Jamás el silencio fue incómodo con Franky; tampoco lo sería en esa ocasión. Inteligente, demasiado lúcido, la condena de Franky era la soledad nacida de la incomprensión de

un mundo inculto y carente de belleza y de la falta de conexión entre la algarabía con que se inclinaba su sociabilidad y la incomunicación de un pensamiento demasiado pulido, de un sentir demasiado profundo y veraz. Por sobre todas las cosas, Franky era un ser sumamente sensible, hasta el temblor. Que mi suerte se uniera a la suya en una empresa que podía depararle la enorme tristeza de no encontrar viva a su hermana lo reconfortaba, a la vez que le inquietaba que, fuera cual fuera su suerte y de lo que quedaba de su familia, yo pudiera perderme en el lance.

Es increíble la soledad que es destino de un hombre inteligente y veraz hasta el tuétano.

Pero yo tampoco había estado dispuesto, en toda mi vida, a transigir con la verdad; alguien como Franky era la mejor comunicación que había buscado en toda mi vida. La única posible, en rigor.

A pesar de que solía alongar nuestros silencios, el más sereno de los disfrutes conocidos jamás, esa vez me decidí a interrumpirlo. Levanté mi mochila y empecé a andar. Estaba todo dicho. A unos metros del lugar, me detuve, cuando dijo:

—Te prometo que te voy a cuidar, Beef, pero no sé con qué nivel de locura nos vamos a encontrar.

—No importa; me imagino lo peor—. Ni siquiera me di la vuelta para mirarlo; mi resolución era definitiva.

A los dos días, recibí la nota de convocatoria. Franky había aconsejado que me reclutaran junto con él. El poder de convicción que tenía ese muchacho era increíble. Yo carecía de toda otra referencia, pero la suya servía para todo; era muy hábil y locuaz. También supe que últimamente se otorgaba entrenamiento a

cualquier voluntario porque ya no importaba si éramos esbeltos atletas o petisos físicamente mediocres como yo. Pero integrar el mismo equipo que Fran me daba fuerzas. Quizás también pudiéramos viajar juntos a Bahía Blanca y emprender las mismas misiones. Según me informaba mi amigo, había demasiadas bajas en las Fuerzas y zonas excesivamente vastas que cubrir, en gran parte del país. No cabía duda de que al norte de nuestra Comarca XII se vivía un verdadero caos; así lo colegíamos de la ausencia de comunicaciones de más allá de Cipolletti.

La primera noche de conscriptos, después de un entrenamiento que fue más bien un intento de lavado de cabeza, frustrado en el caso de Franky y el mío, perdí por primera vez el hilo de la cronología.

Todavía quedaban ganas a los entrenadores de insuflarnos tintes heroicos, imposibles de creer ante tanto ostracismo de los cuerpos armados de la Comarca XII, que más bien hacían sospechar inoperancia, temor y sórdido secreto. Un joven preguntó si nos llevarían a la Capital, y la respuesta se limitó a que se trataba de un asunto confidencial por el momento.

Cierto tipo de cara redonda y roja como una granada, alto y grueso, se acercó a mí y me preguntó con brusquedad si estaba dispuesto a morir por la Patria; lo hizo con un gesto abrupto, señalándome con el mentón. Aunque su insolencia peor era que se le notaba que él no estaba dispuesto a morir por nada. Algunas líneas en su brazo izquierdo indicaban que se trataba de un sargento. Contesté que sí, que por la Patria y por su gente estaba listo para morir.

—¿Y por qué?—, inquirió.

No podía dudar. No creía en que a esas alturas superviviera patria alguna, pero debía contestar rápidamente.

—Porque es hora de volver a vivir como un país.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Acaso no es este también su país, así tal como está?

—Sí, señor. Lo es. Pero mi país es esmerado, trabajador, y entero. No se divide en comarcas, sino en provincias. Un país que debe superar esta Gran Crisis para fortalecerse más que nunca.

Lo satisfizo. No esperaba menos. Como siempre había pensado en casarme algún día, y quizás a la novia le interesara una ceremonia en la iglesia, sabía responder a un examen del credo que fuera.

Chicos con patria. En fin. Nos querían decir que éramos chicos con la capacidad de salvar algo tan importante. A juzgar por las fachas de los convocados, el estado de cosas debía ser terrible. Nadie allí estaba preparado para enfrentarse siquiera a su propia armadura. Había pibes de no más de dieciséis años, tanto como hombres de más de cuarenta. Un rejunte imposible. Las bajas debían ser enormes para que nos aceptaran a todos..., para que me aceptaran a mí, por empezar, bajito y fumador.



*Come over,  
Just come to me!*

*Nicholas!*

*Nicholas!*

*Screamed this morning again and again,  
Is the forest calling my name?  
Nightmares weaken my skills and my strength.  
Is the shadow calling my name?*

*It's calling again for you.,  
It's calling your name, it's true.  
It's calling, it's calling again.,  
It's calling again for you.*

*Is the forest calling my name?  
Is the shadow calling my name?*

*It's calling again for you,  
It's calling your name, it's true.  
It's calling, it's calling again.,  
It's calling again for you.*

*It's the forest, my friend!*

*Come to me!*

*Nicholas!*

*Is the shadow calling my name?*





F O R E S T

**El recreo** me brindó una buena oportunidad de pasearme por el campus sin elevar los ojos del suelo. El pedregullo del patio delantero de la cabaña de clases crujía bajo mis borceguíes nuevos, y la hierba del campamento me visitaba con su gloria natural, en su pureza sin ambages. En realidad, la distracción que suponían las novedades de mi nueva situación de soldado no despejaban mi sensación de estar muerto en vida. Nada lograba que olvidara el arresto de Erasmo.

Y sumido en esa sensación de muerte, o bien me perdía de todo cuanto ocurría, o por no hacerle caso al sentimiento e intentar prestar atención al presente, germinaba en mí la angustia. El recreo suponía sobre todo una ocasión necesaria para ser yo por entero, con mi pena, con el recuerdo de Erasmo hiriéndome sin desatenciones. Solté las manos, que llevaba unidas tras mis espaldas, y me senté en esas piedras, junto a un maitén. Abatido de dolor, con el pecho convertido en un papel débil y estrujado, me dejé caer, una vez cruzados los pies, y el rebote de mi cuerpo contra el piso, en mi posición cacique, me mareó un poco. Cuando me clareó la vista, el campamento ya no estaba frente a mis ojos: un jardín regado de grosellas, de jazmines de leche y de azaleas, presentaba una danza discreta al son de la brisa de una primavera húmeda y en día de sol pleno. Me llamaron la atención las mangas desde las cuales surgían mis manos finas, mis dedos largos; vestía una roja chaqueta de caza, una blanca camisa con cintillo y cruzaba mi pecho un morralillo cargado de municiones. El césped que perfumaba la enorme estancia había sido cortado hacía apenas un rato, tal lo confesaban mis

manos al rozar sus bordes lechosos de savia fresca y un intenso aroma verde.

El borde de un gran copo de azaleas se movió súbitamente. Se asomaron unos rizos del color del cobre, y una mejilla blanca y rosa, regordeta de sonrisa, se dejó entrever por un segundo y se ocultó rápido, al mismo tiempo que desde allí me llegaba una risita infantil, muy aguda y ansiosa. Sin pensarlo siquiera un instante, juré:

—¡Te vi, mi niña!

—Jijijiji... —reía nerviosa la pequeña.

Sabía que era mi hija.

—Te vi y te atraparé; te devoraré o serás mi edredón de noche, tú y tus mejillas rosas, y tu cabello sedoso y tus bracitos de abrazos ¿Lo sabes, niña?

Al tiempo que me sumía en una existencia ajena, la hacía mía por completo, con gozo genuino y carente de dudas y culpas.

Y a la vez que amenazaba en juego a la chiquita, señalaba con el índice el lugar donde la había visto, para que eligiera otro escondite mientras yo emprendía su persecución.

Me tropecé con una raíz saliente del árbol junto al cual me había sentado, y di de bruces contra las piedras del campamento, que me dejarían unos puntos rojos parecidos a una afeitada con hoja raída. Al recobrar-me, vi que un soldado me miraba fijamente y lleno de perplejidad. Debí haber hablado en voz alta, o quizás me había sumido en profundo trance, o quién sabe, tal vez había desaparecido y vuelto a aparecer de pronto y con la cara contra el suelo. Lo cierto es que el hombre que me siguió mirando por varios segundos, no perdía

su expresión de extrañeza. Pero eran tiempos en los que un soldado debía ocuparse de asuntos importantes, y no de un tipo medio muerto de ánimo, quien para colmo aprovechara un descanso en su patíbulo para pedir prestadas vidas mejores. Al cabo, y aún sin comprender, el soldado se dio la vuelta y se retiró del lugar, mientras yo intentaba componerme de pies a cabeza.

No sé si es algo que le ocurre a todo el mundo. Pero a mí, siempre que la vida estuvo próxima a privarme de su aliento, todas las veces que realmente sentí que no soportaría más el peso de la existencia, alguna experiencia de senderos maravillosos me salvó, me tomó por los hombros, y me hizo volver a andar. Ese día, durante el recreo en el campamento, si simplemente me hubiera quedado apoyado contra el maitén, pensando en mi tristeza, el dolor que sentía hubiera extinguido lo que quedaba de mí, en el instante posterior a un vacío discurso patriótico.

Pero del otro lado, en algún otro sitio de las páginas mal pegadas de mi enciclopedia histórica, yo criaba a una nena de cinco años, y allí fui. A una vida mejor, con chaqueta de cazador, con manos finas *d'une vraie belle vie*.

Para luego regresar al futuro.





**Un buen día** nos consideraron listos para partir. Nos alistamos de inmediato para Bahía Blanca y nos aceptaron. No nos preocupaba, ni a Franky ni a mí, la certeza de que no estábamos preparados para apuntar un arma ni —al menos yo— para comprender un mapa. Tampoco reparábamos demasiado en la estrechez de la información obtenida en campamento, que sólo había consistido en cómo ponernos un equipo de combate, atarnos bien las botas, ajustar las máscaras de oxígeno, recargar pistolas, metrallas, bengalas y tubos de aire. Debíamos rescatar a Victoria, la hermana de Francisco.

Qué podía importar si estábamos mal enseñados, o si a la provincia de Buenos Aires y a la Capital Federal se los había comido un monstruo de dos cabezas, o si habíamos sido invadidos por alienígenas. Nadie nos lo había querido contar, así que no perdíamos el tiempo en hacer otro papel que el de idiotas que se creyeran el mensaje patriótico.

De todos modos, la patria se nos terminó en el aeropuerto de Bariloche, donde montones de aviones de cabotaje esperaban a los conscriptos de toda edad que conformábamos las tropas de las Comarcas XI, XII y XIII. Doscientos hombres para Bahía Blanca, mil para Buenos Aires y cuatrocientos para La Plata. Y cientos de vuelos todos los días con escarapelas de los Estados Unidos, Francia, Canadá y el Reino Unido. La cosa debía de haberse puesto realmente brava.

Oriundo de nuestra tierra, emergía apenas el dinosaurio de un monarca, un viejo helicóptero con escarapela argentina, un Sea King.

Franky se rió con franqueza. ‘Nos vamos al infierno, Beef’. Yo ya me sentía allí, y a decir verdad, en esa vida,

siempre que quise sentar cabeza volví a dar con el averno. Así que no me importaba mucho. Pero los ojos de Franky eran graves; la risa no lograba liberar más que ansiedad y angustia por Victoria y por nosotros.

Llegando al aeropuerto de Bahía Blanca, la niebla no se dispersaba. Un agente norteamericano pasó por el pasillo del avión solicitando que nos pusiéramos las máscaras de oxígeno que traía en un carrito de azafata.

—*Just precaution, gentlemen, just precaution. Please, use them now. Just precaution.*

Franky estaba pálido. Tuve una buena idea:

—Si la situación fuera de asfixia, no habría nadie en la ciudad y no precisarían doscientos alistados, Franky. No te preocupes hasta ver más.

Me miró apenas y con seriedad y asintió brevemente con la cabeza, en señal de agradecimiento por un poco de consuelo. A mí me estaba pareciendo que por muerto que me sintiera, alguien me necesitaba vivo, quizás por segunda vez, desde Erasmo, así que no podía fallarle.

Fue difícil concretar un avistaje de la ciudad. No ocurrió hasta la noche de nuestra primera misión. Mi amigo desesperaba con el correr de los días. Y en ese estado se ponía furioso, irónico e hiriente.

Al llegar al aeropuerto, nos cargaron en unas vans con las ventanillas pintadas de negro y una redcilla divisoria que no nos permitía ver el parabrisas del vehículo, ni al conductor.

Nos depositaron dentro del garaje de un edificio que terminó siendo nuestro cuartel.

—Brunito —Franky se dirigió en la tarde del tercer día a un recluta que parecía haber estado en el bunker

bahíense desde hacía un tiempo—, qué tal si nos contás lo que nos espera, a ver. Te escucho Brunito.

El tipo no sabía qué contestar. Bajó la cabeza y yo vi que las orejas se le enrojecían, tanto como los mofletes. Era un hombre de unos treinta y pico, notablemente temeroso. Del carmín de sus orejas y de sus uñas bien recortadas yo hacía para mí que el pobre estaba hecho más para una oficina de papeleo que para las correrías de soldados.

—Bruno, me parece que vos no sos de los valientes que salen a poner el pecho —insistió Franky—, así que por lo menos, si es que te dedicás a puta del bunker, podrías usar la boca, ¿no?

—Franky... —pretendí interrumpir.

—No, no, callate, Nicolás. Este pibe está acá desde antes que nosotros y nos puede contar algo interesante. A ver, qué es eso de bajar los cachetes y quedarse calladito. Vine para buscar a mi hermana. Para eso soy capaz de creerme los camelos de próceres y demás boludeces de la preparación, pero vos, Brunito, me podés ir adelantando algo de toda la mugre de máscaras de oxígeno y de toda la espera acá adentro. Quiero saber si hay alguien vivo en la ciudad.

Brunito callaba y con su mirada hacia mí buscaba la escapatoria.

—¡Pero sos tarado, che! —le gritó Franky. Tuve que llevármelo del lugar, tironeándolo del brazo. Al oído le dije:

—Vas a echar todo por la borda. Dejá que me voy a ocupar yo del gordo este—. Mientras tanto, le guiñé un ojo al tal Bruno y le hice ademán de que me esperara.

Cuando por fin Franky se retiró a su habitación, volví al tipo:

—Mirá, está nervioso por su hermana. Vinimos a buscarla. Pero no me pongas nervioso a mí, Bruno. Si llegás a contarle a alguien el episodio de recién, te lleno de balas, sencillito. Soy buen tipo pero pienso cuidar a mi amigo y rescatar a su hermana aunque sea lo último que haga. Una alcahueteada y te mato, ¿te va?

—No me molesten; déjenme tranquilo. Yo acá trabajo lo mejor que puedo, hago las cosas que puedo hacer. No me llaman para las misiones porque soy cagón, sí, cagón. Tanto como para callarme cualquier cosa. ¿Entendés? No voy a hablar de ustedes a nadie. Pero déjenme en paz, por favor—. Los ojos del gordo centelleaban de lágrimas agolpadas.

—Clarísimo, gracias por eso. Ahora me tenés que contar con qué nos vamos a encontrar. Algo, lo más importante, y te juro que no cuento nada.

—Hay infecciones, muerte, mucha muerte. Y hay mutantes; sí, gente que mutó, perros que mutaron, toda esa mierda. Son fuertes. Están armados y son capaces de vivir en las cloacas. Además se organizan. No sé qué más decirte. Seguramente a ustedes los convocaron para recuperar hospitales, clubes, laboratorios y las bases. Son los lugares donde trabajan los científicos y los médicos, donde se trata a la gente herida que no pudo ser trasladada a las Comarcas. Hay mucha gente todavía, pero lo más importante para el Gobierno... (nuestro o ajeno, no sé quién nos manda ahora) bueno, lo más importante es cuidar o reconquistar las bases militares. Para cuando ocurrió todo, muchos países llenaron nuestros arsenales de armamento, de unidades

de transporte, de equipos, y lo peor que puede pasar es que estos mutantes tomen aviones y esparzan su porquería por todos lados, especialmente por el resto del mundo. Por eso están acá los yanquis y los europeos. De hecho, ya bombardearon Puerto Belgrano. Em... , me parece que también hay otra cosa... , sí, estoy seguro de que hay personas que... no sé, creo que los nuestros las están convirtiendo en robots o algo así. No me refiero a los mutantes, me refiero a quienes nos mandan; somos nosotros mismos quienes estamos haciendo hombres máquina.

—¿Me decís que los mutantes son el enemigo y los hombres robot son nuestros?

—Sí, creo que es así, pero vas a tener que fijarte en cada caso. Lo que quiero decir es que trabajamos para gente nada inocente. Y que cada vez entiendo menos.

—Si me encuentro con un mutante, ¿qué hago? ¿qué me puede hacer?

—Te come. Como en las películas viejas. Hacete a la idea de que con un cachetazo, un mutante te puede arrancar la cabeza. Y vos, bueno, podés tirarle con la metralleta y salir corriendo.

—Listo ¿Ves, Bruno? Con contarme eso alcanza. Gracias por guardar nuestro secreto. En fin, disculpá la descortesía, pero en estos casos es ‘gracias’ o ‘te cago a tiros’, viste...

A Franky no le gustó nada lo que tuve para contarle. Por suerte, en el pasillo hasta su habitación, confirmé que esa misma noche nos tocaría salir en nuestra primera misión. Esta noticia sí le devolvió el aplomo al biólogo devenido soldado. Necesitábamos hacer algo con nuestra adrenalina retenida.

Ya nos habíamos dado cuenta de que nada era normal, nada era como antaño. Pero la verdad, inclusive la poca verdad que tendríamos a mano desde entonces, no sólo era distinta: era espantosa.

\*

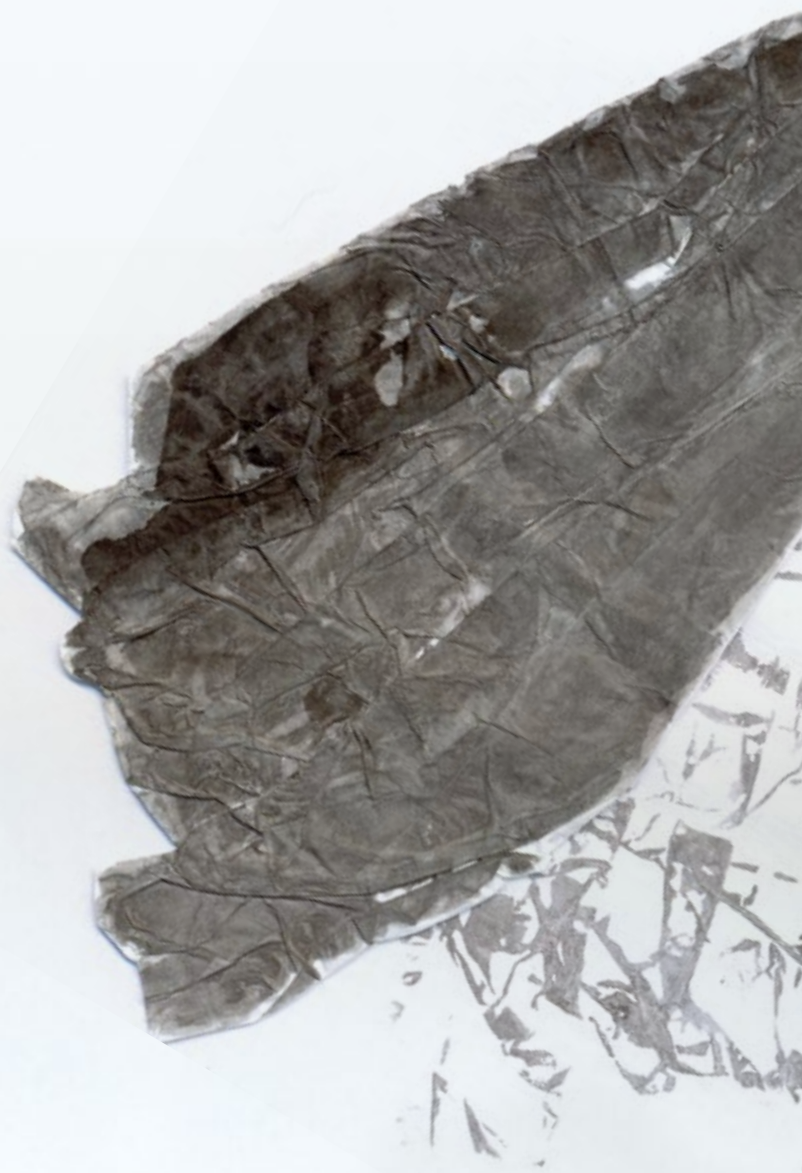
Al fin nos llamaron. A mí me colocaron, en un plástico situado en el brazo de mi mono, una moneda de tela roja con el número el número 343.904, y a Fran, el 343.905.

—Soy apenas más cara que vos—, bromeó Franky, y me tiró un beso de lejos.

Sin perjuicio de la cercanía numérica, nos asignaron a grupos distintos. El aula 3 del bunker sería mi sitio de espera, y el de él, el aula 4. Acordamos hablarnos por móvil cada tres horas.

Eso merecía otro beso de lejos, pero ya estábamos serios.





# A N G E L

Oh, angel, please tell me something,  
Don't erase, come clear before me,  
Reality's full of shadows.

Send me your light, share your wisdom,  
Your love makes me breathe, I need you,  
My mind now is full of nothing.

Humanoid clones stand in arms;  
I don't know  
Which is the dream, what is false...  
Anymore.

Oh, angel, please stay one moment,  
Embrace what's alive in my heart;  
My spirit feels cold and hollow.

And maybe you'll find the right way  
To make believe we should live  
Free from any need to narrow.

Humanoid clones stand in arms;  
I don't know  
Which is the dream, what is false...  
Anymore.

The angel makes me understand  
We'll be strong  
If after all we shall bear  
There is love.

**La espera en la sala** duró poco, y pronto me condujeron a un enorme galpón —un gran hangar, creo—. Lo único que sabía de mi destino era que nuestro grupo debía recobrar el control de un hospital.

El camuflaje había hecho lo posible para darnos cuenta de lo que sucedería. Nada de caquis ni de verdes, todo color noche. No pensaba quejarme del peso del equipo, ni de mi falta de aire a causa del cigarrillo y de las hierbas de estos tiempos malos. Franky no aparecía. Los negros zulúes que nos habían prestado quién sabe por qué, desdeñaban mi metro setenta y cuatro con toda evidencia, tanto como a mis anteojos de miope y a mi torpeza. Entre ellos me sentía un bobo de tiempo completo. De alguna manera, no entiendo cómo, dejé de pensar en ello; una visión me sacó de donde me encontraba: un ángel se acercaba a mí y si bien ni siquiera movía los labios, me daba ánimos.

La visión no debió durar más que un parpadeo, pero fue más vívida que cualquier otro hecho de mi vida hasta entonces. Y tuve la certeza de que había conocido a la persona que era el ángel de mi visión. Eso era claro, aunque no podía hallarla en su contexto real. Una bella mujer. De piel blanca como la leche, con labios que sonreían sin hacerlo y ojos que juraban una tristeza pretérita pero lucían calmos, en paz. Pero cuanto pueda decir al respecto no tiene el menor sentido. Para contar cómo fue aquello me basta con llorar, con dejar que la emoción vuelva a darme un cachetazo y llorar frente a vos, con decirte que esa noche sabía cuánto amaba yo a ese ángel, aunque no supiera desde cuándo, aunque ignorara por qué...

El cuerpo se me había quedado adormecido; la

atención, en un lugar solitario y vacío. Vestido —como lo estaba en realidad— como un guerrero de lo que se suponía en mi infancia que fuera el soldado del futuro, sin embargo recibía la magia de una épica antigua y mística como espaldarazo certero. Era el influjo del ángel. Aunque todos estuvieran en la antesala a qué sabía yo que vendría, en un galpón de quince por treinta gélido y con luz blanca y mortecina, yo había sido transportado por un ángel hacia un páramo desértico de arenas rubias, abandonado, con la compañía de un caballo que casi se olvidaba de mí entre el viento y la arena que volaba entrambos. Estaba solo, preguntándole a ese espíritu, sin hablarle, por qué no me había dado su nombre, su nombre al menos para morir por él, si el mío nunca había existido. Expósito y perdido. Nadie. Pero alguien había pensado en mí, a alguien le importaba y había venido a guiarme. Una visión, pero al menos alguien. Alguien por quien hacer lo que fuera, alguien a quien amaba profundamente. Porque ciertamente, por el tiempo que duró la visión, al ver su rostro, sus ojos mirándome con ternura, supe cuánto amaba a esa mujer desde siempre.

Alguien por quien... morir. Porque lo que venía no podía ser bueno.

Comunicación, al menos.

De un empujón, uno de los enormes negros me volteó hacia adelante en la fila y quedé galgüeando. Di contra otro morocho, cuya espalda me equilibró. Era innecesario mirar más allá de ellos, porque entre tantas personas nada veía, pero un ser humano siempre intenta saber. Allá a lo lejos, a la entrada del galpón, habrían abierto las puertas, a juzgar por la brisa fresca

que se empezaba a colar. Caminamos unos metros y nos obligaron a ubicarnos en senderos entre cintas, afinando las filas hasta pasar de a uno. Me acordé de los recitales en las canchas de River, Vélez y Ferro a los que alguna vez había ido, y me pregunté qué quedaría de esos sitios de Buenos Aires. Me habían contado que en los primeros tiempos del Desastre, River y Vélez se convirtieron en asilos de cuarentena. Supongo que en esos tiempos hasta los Canallas de Rosario dejaron de ser tales.

Los tipos que ahora nos guiaban eran inmensos y de sus rostros no se veía más que el final de sus narices, las bocas y los mentones. Eran hombres grises. Sus trajes eran grises pero también lo era su piel. No precisé más que un lance de mi mirada a cada lado para descubrir que el de mi derecha y el de mi izquierda eran gemelos. Uno me proveyó de una metralla y el otro, de un manual pequeño, un mísero díptico. El guía de una de las dos hileras contiguas también era gemelo de los anteriores. Se me heló el cuerpo entero al compararlos. Quise otear más, busqué entre los otros mastodontes grises y serios que ordenaban las filas: todos me parecieron idénticos. Mi guía izquierdo me tomó entonces del brazo, con una fuerza que bien pudiera haberme destrozado si no la hubiera acompañado una gran destreza, y sin oír palabra, supe que me llamaba a la prudencia y a la discreción, de modo que me compuse en la fila, mirando hacia adelante y andando al mismo ritmo que los demás. Entendí entonces que un rato antes no había tenido una visión: me había visitado un ángel realmente.

A pesar de que sabía que habíamos sido convocados a un ejército de muerte, y ofrecidos nosotros mismos a los brazos del horror, me sentía contento de vivir esos mo-

mentos al abrigo de la luz que ella, mi ángel personal, me había dejado en la retina de mi memoria más feliz.

Qué tenía hasta ese entonces: nada. Nadie.

Aquello que circulaba en mi pecho como brisa en retirada era un suspiro, una voz, un saludo, o quizás yo prefería soñar que eso había sido. En la caricia de un alma que fue voz y que al irse pareció no haber sido, quizás resultara más atinado aferrarme a creer que ella me quería, que morir así de solo.

Se puede recordar el pasado, pero también es posible hacerlo en la otra dirección.

Algún día mi historia será arrastrada en una orilla hacia el misericordioso olvido, porque mi asombro de mediados del siglo XXI será el Perogrullo del mañana. Pero me tocó vivir en Nunca, en Ningún Tiempo, más de una vida a la vez...



### Desde esa noche:

Los guías de las filas, clones de un muchacho gris e insensible, sin infancia, nos hicieron avanzar a través del galpón. Yo me encontraba más allá de la mitad del recinto, y como vaca que aceptara el matadero, simplemente seguí el camino que me ordenaban los clones y que me imponían los negros gigantes que me seguían por detrás.

### THE SUN

The World you knew past away.  
The World you knew past away!

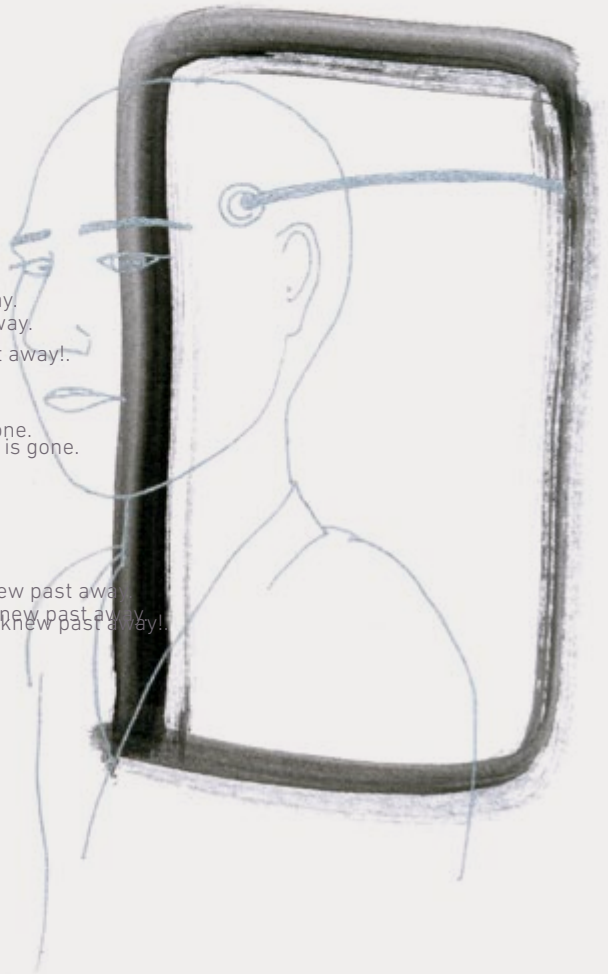
The sun you saw is gone.  
The sun you saw is gone.  
The sun you saw is gone.

The World you knew past away.  
The World you knew past away.  
The World you knew past away!

The sun you saw is gone.  
The sun you saw is gone.  
The sun you saw is gone.  
The sun you saw is gone.

The sun you saw... is gone.

The World you knew past away.  
The World you knew past away!



Asfixiado por el gentío, miré al único más allá que abordaran mis ojos, el techo. Sus luces rectangulares me adormecían en el lento avance, y me transportaron a otra visión. Una camilla contra mis espaldas y las luces de un hospital. Podía mirar hacia cada lado, y allí fue que volví a encontrar a esa mujer, quien un rato antes fuera mi ángel, esta vez nada etérea y con unas líneas de tiempo en su rostro que me señalaban su edad. Me miraba ese amor tierno que pervive en quien conoce todo de uno. Y si bien ella posaba su mano sobre mi brazo izquierdo, quien fuera que empujaba a esa camilla iba rápido y decidía que ella no debía avanzar más conmigo. Entonces levantaba sus dedos cálidos y temblorosos, los alejaba de mí, y los posaba sobre sus labios hasta darles el beso que me entregaría con los ojos en bruma. La soledad que sentí inmediatamente después, después de tanta pertenencia y tanto amor, me obligó a deshacerme del embrujo y darme cuenta de que estaba por terminar de recorrer el corredor de vacas que nos sacaría del galpón.

El aliento se me apresuraba, cada aspiración no me duraba lo necesario para evitar el sofoco. No eran visiones, eran ocasiones, ciertas, vívidas. Veraces en su periplo tanto como ese cada vez más acelerado y maldito camino de fusiles y metrallass.

Decenas de camiones nos esperaban a la salida del hangar. Antes de subir al que me correspondía junto con dos de los negrotos, alguien tomó el brazo derecho de mi mono. Al tiempo que giraba la cabeza para verlo, a Franky, él me entregaba algo pequeño y cerraba mi mano. Y a la vez, yo iba descubriendo las lágrimas

amontonadas en sus ojos, retenidas, mientras me pedía perdón. Qué sabría ahora Franky para estarse al borde del llanto. Cerré mi mano con fuerza y quise decirle algo con la mirada, tranquilizarlo, no sé; me era imposible: se llevaban a Franky a otro vehículo, también vestido de soldado y portando metralla, y yo no entendía lo suficiente de la situación como para calmar a nadie, menos aun cuando sabía que él me había alcanzado por si acaso fuera la última vez que nos viéramos. Mi sofoco se redujo al llegar al aire libre y mi desespero lo superó lo mejor que pudo. Debía sobrevivir. La van de Franky resultó ser la número 21. Decidí seguirlo con la vista lo máximo que pudiera y en caso de perderlo, buscarlo por todas partes. Había carecido de objetivo alguno en toda esta preparación hacia lo desconocido, sin nociones, sin herramientas. Entonces solamente me importó refutar esas lágrimas del biólogo: fue la persona que más quise en esa vida de pérdida absoluta. Y era apenas una sospecha, pero algo me decía que yo podría hacer mucho por él.

No sé cómo ocurrió, algo dentro de uno siempre está decidido aunque uno lo ignore. Quien crea que no tiene objetivo alguno en la vida, debe confiar que su interior conoce bien cómo desandar el camino que él ha trazado. Una vez dentro de la van 7, sentado en la fila derecha, frente a los dos negros de dos metros que me acompañaran al matadero y escoltado por dos soldados tan asustados como yo, acepté mi traje de elite, mi metralla, mi pistola, y leí el díptico. Indicaba que las municiones de la metralla podían ser lanzadas tiro a tiro o en secuencias, pero que había que ahorrarlas y que de eso dependía seguir **VIVO** (así lo detallaba, en

negrita y subrayado). Y añadía que ‘para abordar algún personaje extraño, esta unidad cuenta con eyector de ácido, que debe ser utilizado prudencialmente, sólo para el caso que el agresor haya perdido sus esenciales rasgos de humanidad’. La segunda página del díptico daba las mismas instrucciones, pero en inglés.

Un gendarme nos entregó una banda de balas, dos repuestos de ácido y como hiciera una azafata en el avión, ensayó para nosotros los mecanismos de carga de una banda, de posición de tiro en metralleta y de carga e irrigación de ácido. Todo eso, en no más de dos minutos. Debiera haber muerto de terror, pero era muy tarde para eso. Si moríamos quienes estábamos allí, sería por una razón mucho peor que la puesta en escena del gendarme. El soldado de mi izquierda no resistió el vómito. Lo agarré con fuerza y restregué una mano sobre su espalda. Nos dieron chalecos antibalas y cascos con visor nocturno.

Yo seguía con una de mis manos bien cerrada. El alma la tenía igual. Elegí el inicio de la marcha de la van para mirar aquello que Franky me había entregado con desesperación y ojos nublados: una cápsula de vidrio brilló entre mis dedos. El papel que había dentro llevaba el trazo de mi amigo: SI TE VAS A MORIR, QUE SEA CON ESTO. TE QUIERO, BEEF.

Dentro del papelito, una pastilla.

\*

Allí dentro de la van, más allá del temor, había paz. El vehículo describía su trayecto con un leve vaivén hacia los lados. Nosotros, sentados a cada costado del habitáculo, frente a frente, nos bamboleábamos suave-

mente hacia adelante y hacia atrás, en absoluto silencio, pudiendo olerse el miedo tanto como la comunión entre desconocidos que nada tenían para decirse y que llevábamos, cada uno, nuestra historia completa de niñez, de crecimiento y de descubrimiento, hacia la liberación absoluta del destino. Igual que en el resto de la vida, pensé. Sólo en la agonía se aprecia el común destino y la extrema individualidad de la experiencia, todo a la vez, y sólo entonces cabe una absoluta empatía entre los seres humanos.

Al detenernos, un sargento abrió la puerta de la van y nos dio una única instrucción:

—Señores, vamos a tomar el hospital Penna. Aquí tienen un gráfico para cada uno —y empezó a repartirlos—. Todo aquello que no sea de su agrado, digamos que sea deforme... a reventarlo a tiros ¿De acuerdo? Quien, sea o lo que sea, les haga sentir que puede resultar agresivo, mátenlo. Los guías gritarán ‘tomado’ cuando hayamos recuperado una sección, cada una de las cuales tiene en el plano un color diferente, y si ustedes se encuentran en una de las secciones que se grita como ‘tomada’, mantengan la posición en ese lugar para defenderlo. Y una cosa importante: no hay piedad por nadie; si parecen agresivos o han mutado, mátenlos a todos.

Con ese discurso por todo conocimiento, fuimos separados en pelotones de ocho personas, cada uno a cargo de un guía y de su adjunto, quienes apenas con señas y sus cascos de noche puestos, nos hicieron ingresar al predio por sendas diversas. De Franky, ni rastro... Seguí a mi grupo. Antes de colocarme el casco, sentí un olor rancio que se me pegó a la garganta. Ese hedor sellaría lo que quedaba de mi vida de soldado.

Al ingresar por la puerta que rompieron mis superiores a patada limpia, me aposté en un hueco del pasillo, al igual que lo hicieron los demás, quienes se escondieron en otros recodos. Mi mirada dio con un cartel raído, colgado del techo y bastante alto, que rezaba ‘GUARDIA’ y que estaba salpicado de sangre. Que esa sangre llegara allí me daba náuseas. Mi recoveco daba a una puerta, que se abrió. Antes de que terminara de darme la vuelta, oí la voz de un niño que preguntaba por su mamá. Creo que bajé mi arma, pero no lo recuerdo claramente; el chico, de unos cinco años, parecía triste y perdido. Sucio y ensangrentado de la cara a los pies, hizo que se alertaran todos mis sentidos. Llevaba un peluche destrozado en la mano derecha. Me quedé mirando esa mano, la cual presentaba unas escoriaciones verduzcas que trepaban hasta el codo.

Antes de que pudiera reponerme, me aturdió un estallido, y vi, sí, vi claramente, cómo le volaba y le desaparecía la cabeza al niño. Un guía gris le había dado un tiro neto en la frente. No llegué a ver más que ese cuerpito desplomándose y estallándole el cráneo. Caí de rodillas. Todo rápido. De inmediato, mi cuerpo fue arrastrado por el pasillo y luego puesto de pie por el guía, ese gélido ser de rostro gris e impasible, quien me echó las mil quinientas:

—¡Piedad cero! ¡Despierte!

Era la primera vez que veía un asesinato. En esa vida, al menos. Se me revolvía el estómago y el cuerpo no me respondía. Nada tuve que decir al guía en esa locura que empezaba a conocer de la peor manera. Toda mi persona llevaba clavada la secuencia de transformación, desde la mirada asustada del chico hasta su lanza-

miento metros atrás de un estallido y la salpicadura de sus sesos, cayendo su cuerpo al olvido con la flojera de una bolsa de papas podridas.

El guía me soltó y avanzó con los demás. Las luces remanentes del pasillo eran en extremo tenues; las paredes, lienzos manchados como si les hubieran pintado un cielo nublado y tormentoso, salpicado de ocres y morados fuegos artificiales, mezcla de cortocircuitos y de degollamientos y de ira y de locura y de deformación. El revoltijo de mi estómago cesó, salvándome: resolví, de manera liberadora, que en ese mundo no quería vivir. Me lancé entonces hacia el final del pasillo, para alcanzar al resto del pelotón, decidido a dejar de ser yo, convencido de haberme convertido en un monstruo en un mundo de monstruos, rendido de la esperanza de volver a creer en algo llamado humanidad.

La liviandad que percibía mi cuerpo, una vez declarada mi humana derrota, una vez descartadas las hojas pulcras en las que había querido escribir mi existencia, me provocaba una hilaridad histérica, y llegué a los saltitos, grácil e insanamente jovial, a reencontrarme con el resto.

A partir de entonces, apenas me escondería, y tomé la vanguardia a cada acometida. Una mujer con la cara cubierta de una especie de eczema verde y burbujean- te salió desde debajo de una mesilla rodante y quiso tomar mi brazo. Descargué dentro de su estómago tanta munición, que llegué a ver del otro lado de su cuerpo. Lamenté de inmediato mi excesivo gasto de balas, y mi primer crimen, treinta segundos posterior a mi primer testimonio de muerte, pasó tan inadvertido como el

alma que se me iba del cuerpo, vaciándome. Continué mis matanzas a la par que casi todos los demás, apreciando que de eso se trataba sobrevivir, de matar mucho y pensar casi nada. Un concripto, confundido o asustado, cayó en manos de un conjunto de médicos deformes que, a plena visión de nuestro grupo, lo tomó por todo el cuerpo y lo destrozó a mordiscones. No esperamos a corroborar la muerte del compañero: descargamos nuestra capacidad de muerte por todo el recinto. El guía y su ayudante hicieron una breve recorrida y gritaron:

—¡Tomada!

Se comunicaron con sus handys, y por un rato los seis que quedábamos allí guardamos el sitio. La adrenalina no me permitía quedarme quieto. Sabía que un descanso, por breve que fuera, me mataría. No ya a mi alma, que me había abandonado, sino al cuerpo y a la mente, que huecos de verdad y de benevolencia, se iban colmando de la mugre de mis actos y del vicio nuevo de destruir aquello que, transformado por el hombre, mutado por alguna industria, seguía siendo sin embargo vida, propiedad sagrada de la naturaleza.

Fuimos abriendo todos los lockers, vitrinas y armarios de la planta baja y del primer piso de la guardia. Se nos habían unido otros dos pelotones triunfales. Mientras un soldado y yo clasificábamos y poníamos a resguardo el material médico hallado, y el ayudante de nuestro grupo nos enseñaba a destruir cerraduras y colocar las nuevas, oí sollozos que llegaban de la sala contigua. Así con fuerza mi arma y me dirigí allá. Tres soldados asistían a una mujer enferma y a una enfermera exhausta para que salieran de un gabinete donde se habían escondido. Con hambre y sed, quíen

sabe después de cuántas horas o días de permanecer allí dentro, las mujeres presentaban un semblante exangüe y sus cuerpos no respondían a su intención de disfrutar abiertamente de la liberación. De cualquier modo, la enfermera guardaba conciencia de su deber y trataba, sin lograrlo, de ayudar a que se repusiera la paciente, dándole palmadas en la espalda, casi sin fuerzas. Los soldados se llevaron de allí a las mujeres y las recostaron en las camillas de otra habitación sitiada. Antes de que la enfermera pudiera dormirse, sin piedad por su situación, me abalancé sobre ella. Quería saber.

—¿Sos Victoria? ¿Te llamás Victoria Skliar?

Ella, extrañada y agotada, me miraba sin comprender, de modo que insistí, mostrándole que no negociaría con su silencio:

—¡Te pregunté si te llamás Victoria o no!

—No... —respondió la joven mujer, girando apenas la cabeza apoyada en la almohada, luego de lo cual, considerando suficiente mi interrogatorio, se desvaneció.

Me harté de mi pelotón. No quería quedarme sin quehacer. Cuando a uno de los guías de otro de los pelotones se le comunicó que se precisaba apoyo en el tercer piso, no dudé en sumarme.

—Voy con usted.

Levantó la visera de su casco y lo que vi fueron ojos muertos de robot. Un gemelo de mi guía, una mirada atroz, inmortal, implacable.

Le importó un bledo lo que dije, así que resolví acompañarlo antes de que me retrasara a la espera de su reacción. Fui a buscar mi mochila y revisé mi caudal de municiones. Me sentía tranquilo por tener todavía muchas de ellas. Me permitirían irme del mundo ha-

biendo descargado la ira que ya suplía al alma retirada. Mi júbilo bien pudiera luego darme vergüenza, pero no, ello nunca ocurriría.

Cuando me estaba apurando para alcanzar al guía, dos concriptos avanzaban por el pasillo con la camilla de la enfermera. Ella me rozó un brazo con sus dedos débiles.

—Victoria, la conozco. La última vez que la vi... — dijo al pasar.

Corrí tras su camilla hasta que pude interceptarla y detenerla, sin siquiera mirar a los soldados que pretendían seguir empujándola.

—La última vez que la vi, se iba al refugio de las discotecas...

—¿Dónde, por Dios? ¿Dónde? —inquirí.

—Estaba destacada en el ‘Oasis & Rock’...

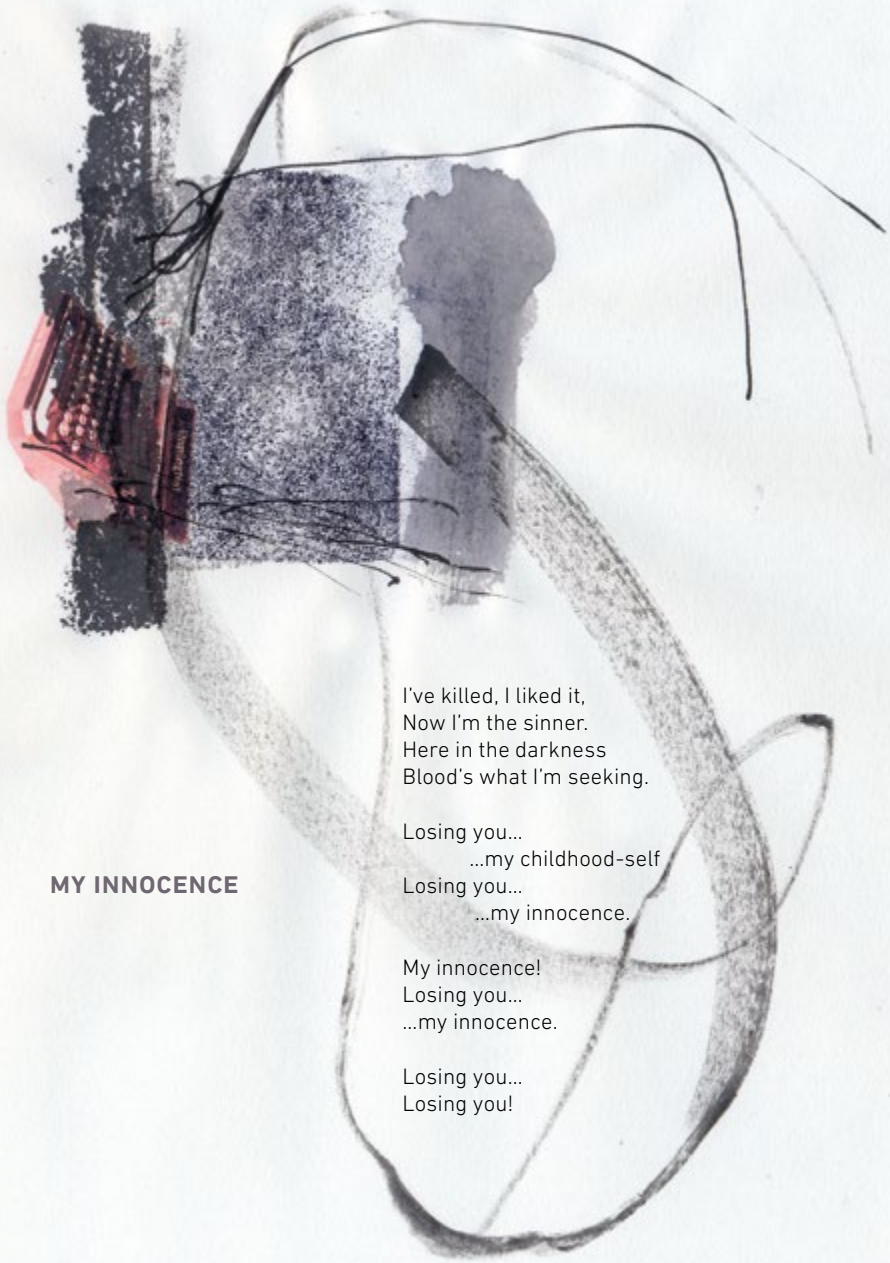
En la estación de servicio, otra vez. Me transportó a ese día. Aquella vez, dentro de la cafetería de la estación de servicio donde yo solía prender mi computadora y organizar mis fines de semana —sí, yo organizaba los fines de semana mucho mejor que los días de labor—, en pleno invierno gris de mi gris ciudad, me sirvieron un café con leche humeante y rehusé de las medialunas... La empleada habló a su compañera de ese boliche. Mi mente me juró: *si vas, morirás en ese lugar; así que nunca lo hagas*. Ahora me aseguraba idéntico destino. Lógicamente, no me importó.

Llamé a Franky. Atendió pero yo no lograba oír, desde el auricular, más que ruido:

—¡Tu hermana prestó asistencia en el ‘Oasis & Rock’, Franky! ¡Tu hermana prestó asistencia en el ‘Oasis & Rock’ y puede estar ahí ahora! ¡Franky!

Silencio.





**MY INNOCENCE**

I've killed, I liked it,  
Now I'm the sinner.  
Here in the darkness  
Blood's what I'm seeking.

Losing you...  
...my childhood-self  
Losing you...  
...my innocence.

My innocence!  
Losing you...  
...my innocence.

Losing you...  
Losing you!

**Lo que vino después** —si después y antes son realmente conceptos—, fue una matanza. El tercer piso estaba en brumas; un incendio, su extinción e incesantes sirenas que nos aturdían. Ningún sonido, ni siquiera las fuertes órdenes y exhortaciones de los guías, podían atravesar el alocado y desconsolado llanto de las sirenas del piso 3. Toda precaución procedía de la vista y de las vibraciones que captaba mi cuerpo. Entre nubes de flamas, descargué una balacera contra tres civiles que salían tosiendo de una habitación. ‘La cagaste’, me juró de inmediato un médico, quien me bajó el arma; ‘¡la cagaste!’; supe que esa era su frase por el movimiento de sus labios. Realmente me había equivocado; no eran mutantes y los había baleado sin fijarme bien. Me acerqué al cuerpo tendido de uno de esos hombres, quien todavía respiraba y tenía sus ojos abiertos, y le pedí perdón, por si acaso pudiera leerme igual que yo al doctor. A medida que sus párpados dudaban en contenerle la vida, yo lo agitaba y lo agitaba más para que se mantuviera despierto. Cuando sentí que sus brazos, aprisionados por mis manos, perdían tensión irremediablemente, di un grito interminable, con todo el aire de mis pulmones, con los ojos cerrados. Tan cerrados mis ojos y tan fuerte el grito, que en el mundo interno del cual pretendía erradicar toda la porquería que estaba aprendiendo, llegué a percibirme como el hombre de Munch, rodeado de una realidad anaranjada, azul, pálida y brillante a la vez, conformada por curvas de esos colores que torneaban mi cuerpo en el desvanecimiento impostergable de mi integridad, por curvas incipientes que parecían sugerir que todos nos desdibujábamos inevitablemente. Como en ese cuadro precisamente, que

principia en una espiral de pintura próxima a remover al hombre que grita, a quienes pasan, al puente, al agua y al cielo, girando y girando los colores hasta que la mezcla se decida —al proyectarla hacia el futuro— en homogeneidad de cemento y cementerio.

Mi aullido ni siquiera sonó dentro de mí; el ruido de las sirenas era demasiado fuerte. Si su música intolerable hubiera merecido título, se hubiera llamado ‘Atroci-dad’. Sin pretender evitar que se me escaparan lágrimas y mucosidades y que me temblara todo el cuerpo, logré ponerme de pie y empujar a los médicos que me rodeaban. Vi reclutas cargados de cables, a quienes seguí hasta una habitación donde electrocutaban cuerpos muertos hasta carbonizarlos. Una de esas maniobras debió generar el incendio, pensé no sin confusión, y decidí retirarme, aturdido, alienado, tambaleando el cuerpo que persistía vivo en esa, mi extinción.

Qué diablos pretendíamos recobrar en ese lugar, me preguntaba: qué diablos podía tener de importante ese hospital... Con el arma presta a dispararle a cualquier cosa una y otra vez, decidí moverme por el edificio sin seguir a guía alguno. No me importaba que mi nuevo comportamiento, anárquico, pudiera alentar a que me mataran. Creo que lo deseaba.

Fue de ese modo que comprendí, finalmente, después de habérmelo negado toda la vida, que a pesar de que la mayoría de los seres humanos buscáramos una felicidad inocua, el poder de la benevolencia no era mayor que el de la codicia y el dominio. Dos imágenes: Primero, encontré en el segundo piso a Walter Brihuega, vecino de la Comarca XII hasta que lo separaron de la fila en una de las perfidias de la Hora 18. Quise ha-

blarle a tan afable ser humano que me unía a tiempos de inocencia. Él puso sus ojos sobre mí del mismo modo que lo hicieran los guías grises. Muerto, inaccesible. Sus sienes presentaban agujeros idénticos a los que servían para la ficha de los auriculares o de cualquier accesorio de una computadora. Me sentí palidecer, y lo abandoné antes de que dijera cualquier cosa o hiciera lo que fuera. Llegué a la otra imagen; el laboratorio del hospital se había convertido en un pequeño centro experimental. Allí había cables y fichas para conectar a Walter Brihuega y a cualquiera que fuera separado en una Hora 18. Salí disparado de allí. Entendí que todo era experimento y dominio en mi país. Un país que no podía importarle al mundo. Luego, algo se fue de las manos y vino el reintento de dominarlo otra vez. Qué más comprender... Y qué podía importar. Toda mi vida, a sabiendas de que el mundo era capaz de enviar medicamentos inservibles a los países donde se precisaba asistencia médica; un mundo capaz de inventar guerras con mentiras, de bombardear ciudades llenas de vida; qué podía importar lo que pasara esta vez. Siempre había sido igual. La luz versus la oscuridad; la oscuridad sirviéndose de la luz para filtrar su oquedad de miedo. La mentira. La mentira... La mentira transportaba entonces a mi mente hacia recónditas memorias; a Débora dentro de nuestro escondite, fumando por primera vez y ambos riéndonos de su tos de principiante; a la noche en que Franky leyó un papel destruido que contenía el mejor pasaje de 'El Gran Teatro' de Mujica Láinez; a Erasmo quitándose el vendaje para mostrarme su pie herido. Y NN, yo, devenido en Nicolás Espósito, lejos de mi propia verdad toda la vida, ¿debía sorprenderme

de la mentira de nuevo? ¿De la crueldad? La inocencia me pareció una estupidez; no podía entender —como los había entendido antes— a esos amigos que venían a mi mente, ni a ningún tipo de serenidad, de paz, de verdad. Tambaleando me fui del hospital. Tambaleando anduve las calles de mi ciudad, casi sin luz, y tambaleando vi a la luna hamacarse sobre el cielo, esa luna amiga que nunca me abandonó, y ni siquiera al final de vida alguna me abandonaría, seguramente. El invariable amuleto de mis vidas.

\*

Mientras cuento todo esto, mientras lo escribo en una máquina muy nueva, nieta de la E. Remington & Sons, ahora llamada secamente Remington, huelo el almuerzo, casi listo, que hace silbar de victoria a nuestra cocinera, a metros de mi gabinete. Soy médico y he tomado prestada esta vida feliz de 1943, lejos de una guerra que de este lado del mundo no interesa demasiado, aunque personalmente, traje hasta aquí la convicción de que toda maldad importa, siempre, donde sea que ocurra. Mi hija juega en el parque de casa, que veo desde aquí, y esa mujer que fuera mi ángel en mi existencia del Gran Desastre, es mi esposa. Hace un mísero puñado de minutos, me miró con amor desde nuestro parque, para hacerlo otra vez ocurrido otro lapso equivalente. Cada tanto, pide a nuestra hijita que me salude, y lo hacen las dos a la vez.

Soy médico. Tomo prestada esta vida feliz de un médico, casado, amado, con una hija hermosa, en 1943. Recuerdo mi pasado de esta vida y la adoro, devoto de ella, de mi hermosa y dulce mujer, devoto de esta

existencia. Quiero tanto a esta vida que alguna vez viví y a la cual he retornado. Pero he viajado sin olvidar la vida del futuro, esa que les cuento a ustedes en páginas tecleadas con esfuerzo. Mi hija, esa niña alegre que ríe y veo desde aquí, quizás un día abrace a sus nietos sin saber que ellos conocerán la Hora 18.

Y lo escribo todo porque desde hace unos meses, al dormirme, he estado despertando en diversas vidas de mi historial humano. Siempre, después de esos viajes, al principio muy cortos pero actualmente demasiado alargados, retorno aquí, a la vida con Ada, quizás al único gran amor de todas mis vidas, quizás al amor que sigo buscando en todas las demás. Sé que en esta vida moriré en un hospital, cuando ella tenga algunas arrugas que la harán más hermosa aun, que su piel será igual de blanca que hoy, aunque ese día sus labios no tendrán pintado el color de las rosas de nuestro gran jardín. Sé que me enviará un beso a la distancia, posándolo sobre sus dedos a la vez que sus ojos me regalarán su amor entre lágrimas agolpadas. Pero he tomado una decisión. Hoy mismo me iré de esta existencia, por la noche, aunque en vez de dejarme llevar a cualquier experiencia, retornaré allí donde me perdí, en medio del boliche 'Oasis & Rock', donde se supone que debo encontrar la muerte de todas mis muertes o la paz, o muy posiblemente donde deba devenir en un monstruo.

Ahora sólo me quedan dos cosas por hacer: terminar de contar el episodio del Gran Desastre, mi paseo por calles oscuras bajo la luna y lo que pasó luego (o pasará, en aquel futuro), al menos hasta donde llegó aquella vida a la que volveré hoy.

No puedo continuar esta senda contigo, Ada; sé que

igualmente vivimos en la eternidad y que esta vida perdura en la quietud de todo cuanto acontece.

Debo regresar al mundo trunco del ignoto Nicolás Espósito. De otro modo nada tendrá sentido y esto cada vez me resulta más incuestionable.

Esta noche rogaré a mi esposa, mientras duerma, que me acompañe como mi ángel, otra vez, a la Era del AguaMala. Ya no puedo vivir en 1943; la felicidad de esta vida debió contar con el olvido del siglo XXI. Los momentos de las vidas a las cuales me transporto cada noche, demasiado diversas, no puedo vivirlos siendo la misma persona colmada de recuerdos que quedó postrada en un boliche, con una pastilla de veneno entre los dedos. Debo volver. Anoche desperté en el siglo XXV; tal fue mi susto al ver de qué se trata, que desperté nuevamente aquí. No quiero hablar de ello; es atroz.

No tengo evidencia objetiva que me sugiera que podré regresar al momento que quiero. Solamente sé que puedo hacerlo, tanto como hoy ejerzo la medicina a partir de cuanto estudió quien alguna vez fui. Sólo sé.

Continúo entonces con aquella historia que todavía me espera, no sin sentir un sofoco que me aletarga.



# Under The Moon

The moon shows her face,  
Her iced bony face...  
Mistress, we re both dead.

Walking down the streets,  
Laughing at the trees,  
I could be so good  
But I'm cold and mean.

Walking down the streets,  
Laughing at the trees,  
I could be so good  
But I'm cold and mean.

Now that I have killed,  
Blood is all I need;  
I despise myself,  
I would poison me.

Now that I have killed,  
Blood is all I need;  
I despise myself,  
I would poison me.

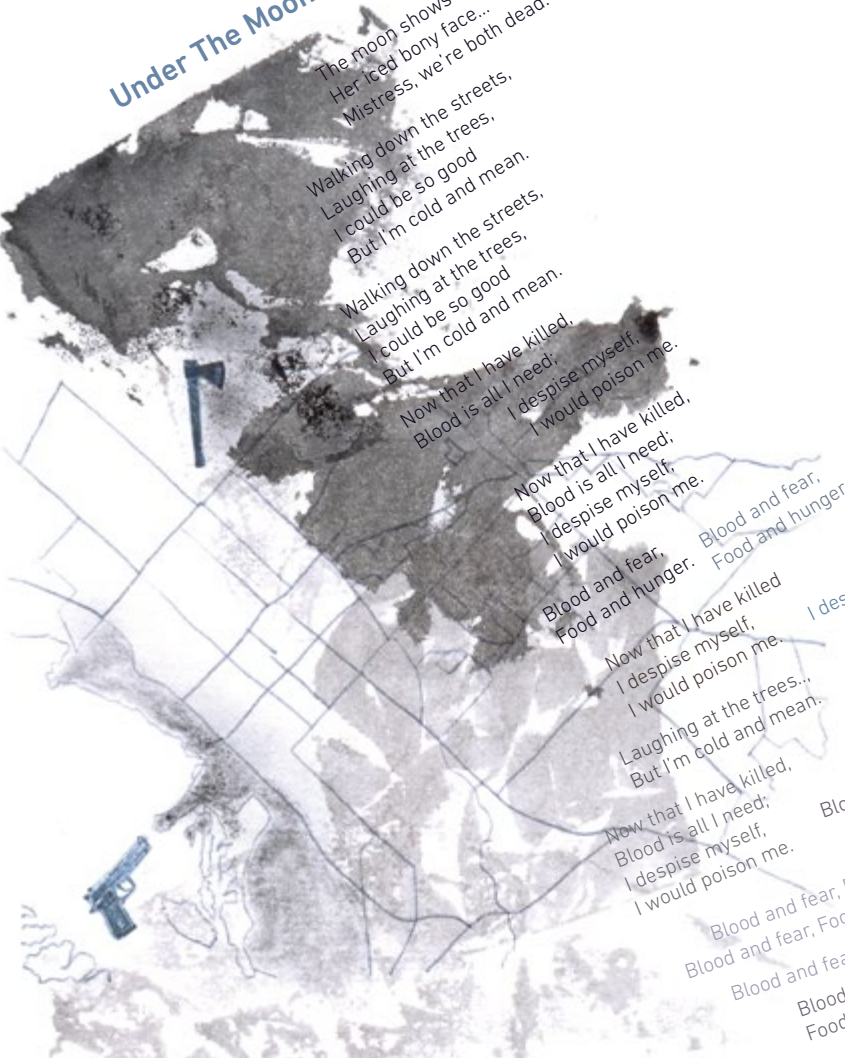
Blood and fear, Blood and fear,  
Food and hunger. Food and hunger.

Now that I have killed  
I despise myself, I despise myself,  
I would poison me.

Laughing at the trees...  
But I'm cold and mean.

Now that I have killed,  
Blood is all I need;  
I despise myself, I despise myself,  
I would poison me.

Blood and fear, Food and hunger.  
Blood and fear, Food and hunger.  
Blood and fear, Food and hunger.  
Blood and fear, Food and hunger.



**Caminé bajo la luna**, y por momentos fue mi única luz. No necesitaba más que su compañía. Desde entonces siempre la busqué, en mi tránsito por 1943, y tuve necesidad de quedarme bajo su influjo varias horas, cada dos o tres noches. Como un hombre lobo, con mi secreto anidado, compartido exclusivamente con esa joya colgante, con mi amuleto invariable.

Anduve por calles de piedra, crucé la ciudad toda evitando lodazales y charcos ocre y espumosos, pasajes escondidos, sendas de asfalto carcomido por el ácido. Me amigué con las sombras tanto como jugué a esquivar la luz. Sin haber mutado, ya me había convertido en un animal de la noche, en un intrépido y sagaz espía y asesino. El mareo seguía; quizás mis pulmones contuvieran demasiado humo de aquel hospital. Pero el aire agrio de la ciudad renovaba mi maldad. Y gracias a ella logré hacer todo el camino. En esas calles moribundas de la oscura Bahía Blanca, aprendí a controlar la ansiedad de mi deseo de matar, a tener el cinismo necesario para esperar agazapado, a erguir lentamente el arma silenciada, apuntar, prever los movimientos del objetivo, y lanzar un solo tiro en medio de la frente de un mutante, de un guardia gris, de un perro alienado. Muerte, muerte, muerte, muerte... Solamente debía cuidar una única vida, la de la desconocida Victoria Skliar. Por ella había transitado mi degradación, por ella y por su hermano Franky. Excusas de mi instinto de supervivencia o resiliencia de una ya mortecina capacidad de amar.

Tras uno de los dos anchos tabiques del porche de una casa en apariencia deshabitada, descolgué mi mochila y revisé su interior. Comí un pedazo de chocolate y luego mastiqué la pastilla de un fuerte analgésico. La cabeza me daba vueltas. Sentí un ruido proveniente del interior de la vivienda, así que me oculté de inmediato a la sombra que formaba una concavidad lateral del edificio de al lado. Noté que ese nivel de supervivencia, vacuo, mecánico, ni siquiera me brindaba miedo; toda sensibilidad se me había evaporado. Se abrió la puerta delantera de la casa y se asomó una mujer joven, junto a cuyo rostro lucía su metal el filo de un hacha. Espió la calle y por un segundo entró de nuevo en la morada oscura, hasta que un chiquillo de unos ocho años se le emparejó. Lo abrazó y salieron juntos.

El niño portaba un revólver mediano; lo llevaba en la diestra, en paralelo a su pierna, apuntando hacia el suelo. La desgracia entrena más que cualquier instructor. Miré a la mujer, que llevaba el hacha en la mano con la cual abrazaba al nene, y en la otra una 9 milímetros. Cruzaron la calle al trote y ya enfrentados a la morada inmediata, la mujer deshizo una madeja de llaves improvisadas, logrando en menos de cinco segundos abrir la puerta de la casa con no más que un alambre. Adiviné que la mudanza había llevado decenas de maniobras preparativas. Y que no era su primer cambio de hogar de esos tiempos.

Por el momento, aquellos a quienes supuse madre e hijo debían estar conociendo su nuevo sitio, por lo cual salí de mi escondite sin demasiados cuidados. El trayecto hasta el 'Oasis & Rock' me estaba llevando bastante más de dos horas y restaba la mitad del camino.

Más de veinte cuerdas de caminata vuelven liviano al cuerpo y sueltan toda dualidad de la mente. Íntegro, el andariego deja de luchar contra todas sus facetas. Sin perjuicio del apego a las sombras que me vi forzado a desarrollar, de las detenciones y del cansancio, logré el resto del camino tal unicidad con el entorno, que a medida que un paso seguía al anterior, olvidaba toda vivencia, hasta llegar a sentir música en mis músculos. Pude creer que desvariaba, pero era algo que me había ocurrido más de una vez. Una voz soprano, muy femenil, me acompañó, se internó en cada fibra de mi organismo. No cantó, musitó apenas, sonidos conocidos, añejos y modernos, sonos de la Humanidad, que se afanaban en convencerme de que algo bueno vivía en mí. Si bien me parecía necio prestarle atención, esa música que reproducía mi memoria me transportaba a algún hueco pacífico de mi interior, carente de conflictos; emoción pura, casi infantil y profunda.

Rapsodia de sensaciones y sentimientos, de inveterada herencia, desasida de tiempo, impersonal y eterna. Música al andar en el sigilo de un sobreviviente anónimo, apátrida y perdido.

Nutrida por melodías de guerra, por épica irrazonable en la voz de una soprano a quien se le sumaría un coro de mártires, la música me confiaba que después de la vida debería seguir luchando por el bien, o al menos por la belleza, por la estética, por el arte. Cuando muertos, también debemos defender al amor, parecía inculcarme...

Evité el centro de la ciudad, y mi caminata se alon-  
gó, tornándose sumamente cansadora. Y a medida que me acercaba a la zona de los boliches, debía moverme

con mayor disimulo, no ya ocultándome, sino para fingir que era uno de los suyos, del ejército de reconocimiento y reconquista, uno de cuyos pelotones había abandonado horas atrás. Cuando aceleraba mis pasos hacia el 'Oasis & Rock', a unas cinco cuadras de mi objetivo, se produjo un estallido cuya onda expansiva me desplazó tres metros hacia mi izquierda, y terminé acurrucado contra la puerta de una casa que se astilló a mis espaldas. La mochila y el casco salvaron a mi columna vertebral y a mi cabeza. Luego de la confusión de los guardias y equipos de reconocimiento, decenas de sirenas comenzaron a sonar... ¡Otra vez las sirenas! Enloquecida reacción en edificios, en coches de patrulla, aturdidoras sirenas parecían hacer del sonido una entidad capaz de tomar todo espacio y forzar físicamente el exilio. Me volvería loco si me quedaba allí, de modo que empecé a correr. Cinco tanques avanzaban hacia una línea de soldados, y les bastó un solo disparo de uno de sus cañones para destruir el lugar donde éstos se habían apostado, sin que de alguno de ellos quedara rastro. Me sentía descolocado... O había una resistencia humana contra nuestro ejército, o los mutantes habían tomado bases militares... Recordé de pronto que algo de eso me habían contado, quizás aquel Bruno, quizás..., no importaba. Eché a correr. Debía llegar al 'Oasis & Rock'; se suponía que lo habían convertido en un refugio sanitario. El cuerpo me respondió sin acusar todo el cansancio. Es un instinto animal tan fuerte, tan primordial, que seguir vivo define a cualquier ser más que cualquier otro rasgo general o especial. Corrí desesperado. Victoria Skliar no significaba absolutamente nada para mí, excepto que su vida se había convertido

en lo único que me quedaba por proteger en la mía. La garganta parecía haberseme cortajeado, tanto me había acostumbrado a fumar en los tiempos del Gran Desastre. Costaba correr. Pero corría y corría...

Cinco soldados se apuraban hacia la puerta principal del boliche 'Oasis & Rock', y al llegar se disponían a sellarla.

Arribé con convicción...

...a los gritos pelados:

—¡Vamos, vamos, vamos, muchachos! ¡A cerrar esto de una buena vez!— En fin, les indiqué que hicieran lo que ya estaban intentando, pero conmigo dentro del edificio. Valió la pena; todo el mundo estaba demasiado aterrizado por el enemigo como para cuestionar a un compañero.

Las luces láser de la discoteca estaban encendidas, e iban de un lado hacia el otro, como también lo hacía la luz negra, para alcanzar frenéticamente cada detalle de cada rincón. Los tres cuartos de manzana que ocupaba el local, habían sido parcelados por paneles semitransparentes que separaban ambientes sanitarios. También habían colocado bloques del tamaño de ladrillos, ellos de diversos colores, de hormigón traslúcido, los cuales formaban carriles en unos casos, pilares en otros, forzando un discurrir dificultoso hacia los grandes habitáculos de enfermería. Visto el cuidado y el gasto puestos en ello, adiviné que los paneles divisorios no debían ser meros acrílicos esmerilados sino cristales antivandálicos.

Avancé por el recuadro principal, acceso a los habitáculos sanitarios, y elegí introducirme por un corredor formado por esos paneles traslúcidos, que parecía carecer de vigilancia. Pero de inmediato se irguió un

guardia, quien evidentemente había estado sentado en uno de los cubículos, y me cerró el camino:

—¿Adónde va?

—Debo entregar información clasificada a la enfermera Victoria Skliar—, contesté.

—Acredítese.

Acaté la orden exhibiendo mi medalla de número en la manga de mi mono, y el chip de constatación que me habían instalado bajo la carne al costado derecho de mi cuerpo. Esto mereció que abriera por completo mi traje. El hombre colocó la placa del chip de corroboración sobre su reloj de pulsera y aparentemente se dio por satisfecho.

—Le ruego que me deje pasar. Es urgente. ¡Vienen tanques hacia acá!

—Nómbreme su comandante, agente. Debo cerciorarme de lo que dice.

—Imposible. No lo conozco...

—¿Cómo dice?

—Imposible. No conozco a mi comandante. Veo que no se puso a usted al tanto de la forma como llegan aquí los batallones. Tuve un guía durante cinco minutos y no me fue precisado su nombre. El ayudante me envió aquí. Y fíjese que estamos a punto de ser atacados en este lugar ¡Se acercan tanques! ¡Llegué de milagro a este lugar!

El tipo se mostraba desconfiado.

—¡Fíjese!

Lo exhorté a que mirara las puertas de ingreso al boliche. Decenas de gendarmes cubrían cada una de ellas.

El tipo pareció convencido y me permitió el acceso.

—En la camilla 23. Allí está la enfermera que busca usted.

Apuré el paso hasta el cubículo que llevaba la indicación 22/23.

Antes de llegar, tembló el edificio; los tanques allá fuera habían vuelto a disparar y algo, en el exterior, había volado por el aire... Quizás, alguna de las vans blindadas que viera antes de ingresar. Corrí. A entrar al recinto cristalino que según me había sido indicado me conduciría a Victoria Skliar, o con lo que quedara de ella...

Las camillas recibían luces de pequeños círculos de led, que, empotrados en spots redondos y con un soporte adherido a la divisoria, apuntaban siniestros a las caras de los enfermos. La primera de esas camillas estaba ocupada por un conscripto como yo, de unos cuarenta años, con su mono totalmente ajado y la carne del torso y del brazo izquierdo carbonizada. En la segunda camilla descansaba una mujer casi esquelética. Miré en derredor mío y no vi a la enfermera Skliar por ningún lado. Dudé si debía esperarla o buscarla en los habitáculos lindantes. Mis ojos se posaron nuevamente en la doliente de la camilla con el número 23 y recién entonces noté que llevaba puesto un guardapolvo de enfermera. De un salto estuve a su lado, con mis manos sobre su brazo derecho:





Into The Invaded Dance Club



*Oh!*

Hang on,  
I feel my heart's beating hard,  
I'm sure  
Salvation's near.

Again  
I feel this rage in my blood,  
I know  
I'll find you here.

Moving fast, I'm running fast.  
Rushing hard, I'm rushing hard.

Running fast, I'm running fast.  
Rushing hard, I'm rushing hard.

*Oh!*

Hello,  
I came to aid you. No! (I just came to aid you...)  
Don't fall! ( we won't let them kill us now)  
Victoria, please!

Come on,  
I'll hide you somewhere now.  
Trust me,  
Success is near.

Help us, Frank, (Ah...)  
Just help us, Frank. (Running, running fast)

We're coming down,  
We're coming down. (Running, running fast)

*(We're coming down)*

I'm moving fast, I'm moving fast. (Monsters come!)  
Monsters come, the monsters come!

### —¿Es usted Victoria Skliar?

Sus ojos, que el instante previo estuvieron perdidos en los láseres cercanos al techo, constantemente en movimiento de un lado hacia el otro y en persistente aleatoriedad, se fijaron ahora en mí:

—Sí—. Su voz era apenas un susurro, quizás ni siquiera fuera una voz, sino fuerza de aire liberado.

—He venido a buscarla, Victoria. Soy amigo de su hermano Franky.

—No puedo moverme—. Ahora sí que tuve que adivinar lo que decían sus labios, porque ciertamente no tenía voz ninguna. Al cabo, sus ojos sonrieron, en benévola corroboración de sus palabras demudadas. No me pedía compasión, sino que lamentaba mis esfuerzos por encontrarla siendo así las cosas. Me pareció la persona más tierna y valiente del mundo; no perdía su serenidad —o su resignación abnegada—.

—Como sea, yo la sacaré de aquí... Están atacando este asilo. Y si no podemos irnos, me quedaré con usted. Viajé mucho, le cuento...

Volvió a temblar todo el edificio. Pero ahora el estruendo denunciaba que uno de los misiles había dado contra él, y el techo soltó artefactos de luz y mampostería. Me lancé sobre Victoria y me cayeron algunos mosaicos, que por suerte eran de espuma y fibra de vidrio. Terminado el reguero de cosas y de polvillo, pasé una mano sobre los párpados y la nariz de Victoria, quitándole el polvo y las ristras de fibra que la hacían estornudar. La tomé en mis brazos, llevándomela de allí. Estaba convertida en un ser delicadísimo, piel y hueso, y sentí que cuidaba una composición frágil de algún artista importante, no sé, una obra de aquella famosa Minujín de principios de siglo y de fines del anterior, quizás una muñeca de alambre con articulaciones hechas de débiles y minúsculos imanes. No sabía qué hacer, dónde ir. Pero un corredor me sugería que más allá debía haber más habitaciones, y así fue. Puse a resguardo a Victoria en un lugar pequeño, donde la sen-

té y la dejé esperándome. Parecía espantada, sin haber perdido empero una extraña serenidad.

Tardé menos de diez segundos en robarme dos almohadas, un colchoncito y una frazada, y me reencontré con ella. La abrigué y la recosté en el colchón, que no cabía en el reducto que había encontrado, de modo que Victoria debería permanecer semi-sentada, pero al menos bastante cómoda. A una de las almohadas la coloqué bajo su trasero y la otra, detrás de su cuello. Cerré la pequeña puerta que daba al pasillo.

Tomé mi móvil, pero no tenía señal.

—Quédese aquí—, le recomendé a mi asistida, y ella me miró con aturdimiento, como si tuviera fuerzas para hacer cualquier otra cosa que lo que le pedía.

Al salir al pasillo, encontré señal. Llamé a Franky, quien no me atendió. Le dejé el mensaje:

“Franky, estoy con ella; estoy con Victoria en el ‘Oasis & Rock’. Por favor vení, que me tenés que ayudar a sacarla urgente de este lugar”.

Reentré.

—Soy un caballero, pero dadas las circunstancias, me veo obligado a preguntarle por qué está tan delgada, Victoria.— Noté que además de haber recuperado mi voz humana, suave, algún resto de mi alma se había quedado conmigo.

—Un virus, me debilita... No asimilo bien los alimentos y casi no puedo comer.

—Enterado. Voy a buscar bolsas de suero... ¿o qué?— Cuando decía esto, mi arma me dio contra la cabeza, al tiempo que quise apoyarme contra la pared. Olvidaba que la llevaba colgada, como también a la mochila.

—Buscá bolsas de solución, allá al final del pasillo. No sé adónde vamos. Pero no traigas menos de siete. No me quiero morir...— Se le habían agolpado lágrimas en los ojos. Aunque ‘no me quiero morir’ lo dijo más como un dato importante a anotar, que como una expresión de desespero.

Yo estaba a punto de levantarme pero Victoria me tomó de la mano y con la mirada fría y seria, me reiteró:

—No me quiero morir... antes de curar a todo el mundo de esta asquerosidad que les han hecho. Por favor...

Me acerqué a menos de veinte centímetros de su cara. No se puede dar confianza de otra manera.

—Yo le voy a ayudar a conseguirlo, V. Pero ahora déjeme ir así colaboro con su salud.

Al salir, primero espíe hacia el final del pasillo, y luego hacia el principio, porque temía que alguien me ‘robara’ a Victoria, o que los mutantes entraran a matarla. Lo que vi la segunda vez fue, un pelotón disparando hacia fuera, y por otra puerta, tres soldados que ejecutaban una bazooka, pero también vi, y sentí que se me henchía el pecho de felicidad, a Franky.

Quizás ocurriera lo mismo conmigo, pero si la esperanza debiera personificarse, tendría la expresión de Franky cuando me vio.

Corrió hacia mí y lo introduje en el escondrijo que había elegido para su hermana. Mientras se abrazaban y lloraban, yo trascendí el pasillo y manoteé montones de bolsas de solución fisiológica y todas las que sin entender sus inscripciones sospeché presumiblemente serosas. Seis cajas de antibióticos y... otro estruendo ensordecedor. Esta vez me dejó tendido contra una vitrina,

que estalló a mis espaldas (por suerte cubiertas por la mochila), y cayeron sobre mi cabeza finas esquivas de vidrio. Ni bien pude incorporarme, corrí con desespero por el pasillo. Con espanto, vi que al final del mismo había tres mutantes. Disparé mi arma a mansalva y los monstruos cayeron, dejando ver otros tantos a quienes también incrusté decenas de balas. Sin dejar de disparar, retomé mis acelerados pasos hasta la puerta del escondite. La abrí y le grité a Franky que se llevara a su hermana tras de mí. No volví a mirar a mis espaldas. Cubrí el sitio a los tiros, ininterrumpidamente. Sentí que Franky rozaba mi mochila al irse, y luego un pie de Victoria me golpeó un brazo. Entonces disparé con más furia y moviendo la metralla de un lado al otro, para rociar a cualquier cosa que se pudiera aparecer por la abertura inicial del pasaje. Segundos después, espí con el rabillo del ojo tras de mí y vi que Franky, con Victoria a cuestas, ya torcía su paso por una puerta que según había visto al buscar las provisiones, daba a una salida de auxilio. Volví mi mirada al corredor, pero había cometido el error de dejar de disparar. Un mutante muy alto avanzaba hacia mí, apuntándome con una pistola. La disparó cuando yo ya lograba hacerme a un lado, pero me dio en el hombro, y luego volvió a accionar su arma, dándome en el abdomen. A pesar del tremendo ardor, tantas veces descripto pero impensable para mí hasta entonces, ígneo, punzante y ancho a la vez, logré descargar contra el enorme monigote, que se me acercaba, otras dos descargas de mi Browning M2 con inyector ácido, que finalmente lo derribaron. Todavía presa de la confusión, del dolor y del terror, con la ayuda de la adrenalina calculé cuánto llevaba matar a uno de

esos tipos: ocho balas como mínimo. Me quedaban a lo sumo quince de la quinta cinta de proyectiles que venía gastando. Por suerte había robado tres cintas más, pero considerando las 80 municiones perdidas en los últimos dos minutos, debía ahorrar un poco.

Ajusté la siguiente cinta al cargador. Antes de terminar, percibí una sombra que se tendía sobre mí.

No llegué a reaccionar, y un mutante me caía encima y me hacía volar el casco... Llegó a lastimarme con sus dientes en el cuero cabelludo y a rasguñarme el rostro, desfigurándome en jirones el costado derecho de la mandíbula y del cuello. Mi ametralladora daba al centro de su abdomen y lo agujereé con tal furia, con tal malicia, que inclusive segundos luego de saberlo muerto, miré al techo mientras seguía disparándole, sin respirar, con mi corazón quieto, disfrutando de las salpicaduras que pintaba mi accionar allí a lo alto.

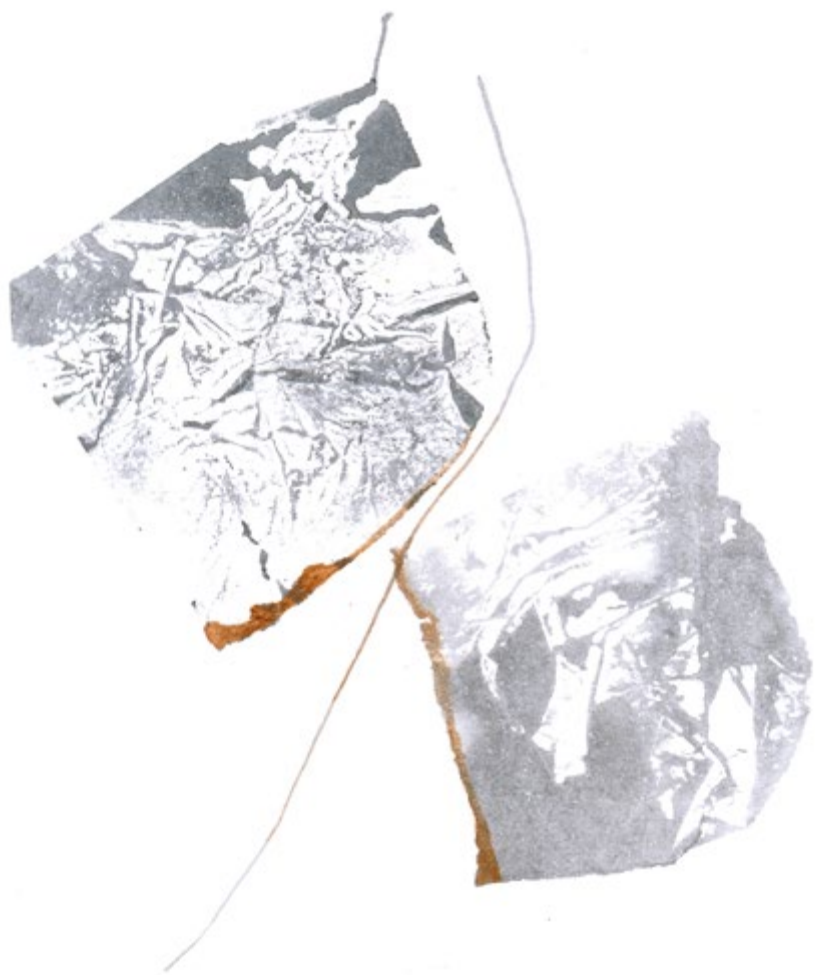
Me arrastré al escondite donde había tenido guardada a Victoria. Tirado de espaldas, de una patada cerré la puerta.

Sentía el cálido derramamiento de mi sangre por el cuello hacia el hombro y desde el destrozado músculo masetero derecho. Me puse a llorar. Saber que uno nunca tendrá la misma cara es un shock importantísimo, mucho más que cuanto se pueda imaginar. En esa situación la cuestión estética podía parecer menor, pero la esperanza, la esperanza, esa testaruda, siempre hace pensar que la vida volverá a ser normal. Y en ese entonces también era algo sobre lo cual podía descansar mi angustia, a fin de no reparar en los agujeros de bala que tenía en el hombro y en el abdomen, que también sangraban a borbotones, y en las mordeduras y arañazos

del monstruo, que seguramente me llevarían a convertirme en uno de ellos. Al fin y al cabo, si esos mutantes se habían armado contra el Estado, contra los Estados que les daban pelea —eso creía yo—, ya me parecía que asistía a la razón, que hacían bien. Pero sepa quien quiera por qué, yo ya había mutado demasiado en un solo día, había perdido el alma y no me reconocía dentro de mi cuerpo, de modo que estaba harto, destruido no sólo físicamente sino muy dentro de mi pecho, de modo que no consentiría convertirme en cosa alguna a partir de la ponzoñosa saliva del engendro. Sin dejar de llorar como un niño, con todo el cuerpo temblando, y sí, llamando a la Nana que me cuidó de chico, logré introducir mi mano derecha en el bolsillo derecho de la pechera del mono. Y temblando mi mano también, me dejó entrever la pastilla que me había dado Franky. Es difícil suicidarse. Antes de animarme a hacerlo, sufrí un desmayo que me trajo a 1943.



L I F E





### Ya no tengo más que contar al respecto.

Soy un médico de otra vida que dejó su historia secreta rendida en un cuartucho, con el cuerpo ajado y perforado, merced al destino que las viscosidades —que un mutante inyectara dentro de mi piel y entre mis músculos— pudiera depararme. Más de una vez, luego de haber transitado varias de mis vidas en esta locura de viajes que me ha tocado en suerte, y especialmente cada vez que despierto en esta vida feliz, lejana en tiempo de casi todas las guerras y en espacio de la Segunda Guerra Mundial, me duelo del pobre hombre sin nombre que quedara solo en ese estrecho espacio con la cara desfigurada y la mayor de las soledades. A veces lo pienso allí, dolorido, triste, solo, esperando que alguien lo saque de ese recinto ínfimo, que alguien le dé consuelo o lo ayude a tomar la píldora y lo entierre con lápida y epitafio. Parece una locura, pero ya no quiero que mi esposa me dedique sus sonrisas aquí, en esta vida de 1943. En silencio, le ruego cada día que acuda a ese hombre que fui, o que seré (qué importa cómo decirlo), para que no muera a solas. Contar con ella, con mis amigos, con mi hija, en un pasaje tranquilo y asaz, cada vez me resulta más desacomodado, impropio... y triste. No puedo consentir que *ese* hombre se quede allí solo...

Por eso esta noche iré a hacerle compañía. Por eso esta noche entraré en *su* alma y la llenaré otra vez, le ofreceré el calor del hombre bienaventurado y afable que soy aquí. Sé que podré recordar, que a la vez que me interne en el cuerpo de ese hombre tendido, también seré el médico que no lo quiso dejar solo, sé que *él* recordará.

Esta noche le pediré en susurros a mi esposa que también viaje, como el ángel que fue en esa vida mía, a darle ánimos nuevamente al alter ego que abandoné.

\*

*Noche.*

*Ya no he de escribir. Todo quedará en mi memoria y conmigo viajará. La luz del velador de Ada revela la transparencia de sus cabellos más desordenados y libres, y hace brillar el rubio contorno de su cuerpo, tanto como se desliza una película gris de sombra sobre la piel rosada de su espalda que beso y beso. Toma mi mano con fuerza, reteniéndola contra su pecho, a pesar de haberse sumido en profundo sueño, a juzgar por su respiración honda y olvidada de todo. Huelo su perfume, ese perfume que nunca quise descifrar, y que ahora desarmo de su madeja etérea de sándalo y flores silvestres, para llevarlo allá donde tengo que ir, para reconocerlo en cualquier dulzor, aun el de la muerte.*

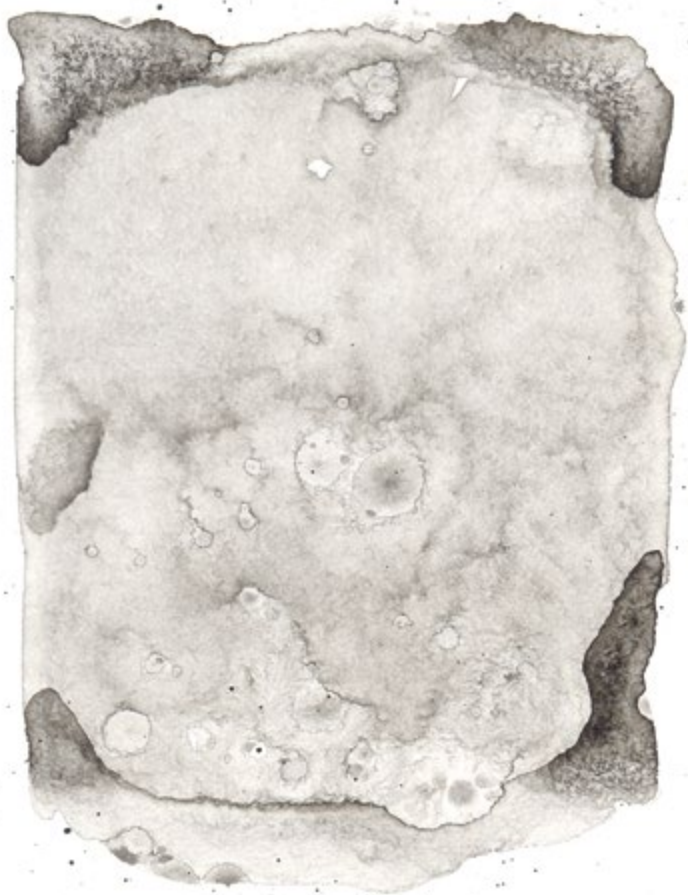
*Cierro mis ojos.*

*No me abandones, Ada. No dejes de acudir a mi encuentro, que allí nada poseo, que allí sos el único ángel por quien he podido resistir. No olvides venir, Ada mía...*

*El sueño me pesa. Tengo miedo. Pero luego de abandonar mi Remington, después de la cena, tomé tanto licor y tan suficientes pastillas, que me alegra haberme impedido retractarme de lo decidido. Porque me retractaría...*



This War (To Franky)



You'll lead me forward through this war.

You'll find the key.

You'll lead me forward 'cause

This friendship is the gold that we achieved.

You'll tell the truth about this war.

You'll speak for me.

So say Humanity

Has battles that can never be incomplete.

You'll lead me all the way.

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

You'll lead me on a sparkle through this game.

You'll lead me all the way.

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

You'll lead me on a sparkle through this game.

Until this battle is over just lead me.

Against the demons around us

And reach me.

'Till death we're fighters and saviors.

Won't fear.

Defend our essence and fight 'till the end.

You'll lead me forward through this war.

You'll find the key.

You'll lead me forward 'cause

This friendship is the gold that we achieved.

You'll tell the truth about this war.

You'll speak for me.

So say Humanity

Has battles that can never be incomplete.

You'll lead me all the way.

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

You'll lead me on a sparkle through this game.

You'll lead me all the way.

(as every sea washes the shore...)

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

(...I'll cure your heart)

You'll lead me on a sparkle through this game.

You'll lead me all the way.

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

You'll lead me on a sparkle through this game.

You'll lead me all the way.

You'll lead me on, you'll lead me on a prayer.

You'll lead me on a sparkle through this game.

Until this battle is over just lead me.

Against the demons around us

And reach me.

'Till death we're fighters and saviors.

Won't fear.

Defend our essence and fight 'till the end.

Until this battle is over just lead me.

Against the demons around us

And reach me.

'Till death we're fighters and saviors.

Won't fear.

Defend our essence and fight 'till the end.

Dear Franky.

It's been so beautiful to know you.

I'd be glad if we could share some more time.

Don't wanna say goodbye.

Don't wanna say goodbye.

Don't wanna say goodbye.

Don't wanna say goodbye.

Don't wanna say goodbye...

It's been so beautiful to know you.

Don't wanna say goodbye.

Don't wanna say goodbye.

You'll lead me on.

You'll lead me on.

—Ahhhhhhhh...

*El hálito vuelve a mí. Creo que me he dormido. Otra vez soñé otra vida. No. Otra vez viví otra vida. Debo haber dejado de respirar, porque los pulmones me piden todo el aire que hay en este cubículo, una y otra vez...*

*No sé cómo describirlo, pero si bien sé que hace un rato fui yo quien transcurrió casi un año de otra existencia, siento gratitud hacia ese que fui, como si fuera otro, gratitud por no haberme abandonado acá, y siento su compañía, siento que vuelve a ser yo, pero con un acervo que me permite discurrir estos momentos con cierta extraña felicidad. Las manos me tiemblan menos y tengo en la diestra la pastilla de Franky.*

*El reloj me dice que pasó menos de un minuto desde que me encerré aquí.*

*Vuelve el ardor de mi cara y de mi cuello, como el punzante y extendido dolor de mi hombro y del vientre. Las manchas de sangre en derredor mío están creciendo. Creo que podré romper el pantalón con mi navaja; necesito vendarme. El suero... Cómo me lo suministro... Qué sé yo: ¡así!*

*—¡Ay!, ¡aguja de porquería! Ahh... y si cuelgo la bolsa ahí...*

*¿Qué me detiene de morirme? Creí que había deseado morirme todo este día, inclusive antes, cuando se llevaron a Erasmo en la Hora 18... Pero la Hora 18 parece ya un espejismo, y quizás Erasmo esté vivo, tal vez esté aquí, con sus agujeros para que lo enchufen a alguna máquina, qué sé yo, como Brihuega... Quizás al menos él viva sin sentir toda la orfandad que estamos viviendo Franky y yo.*

*Antibióticos, suero, no estoy tan mal... Vendaje improvisado para la cara, el cuello, el hombro y el abdo-*

*men... insuficiente, pero no hay nada que hacer; estoy cansado. Y perdí mi cara...*

*Pucha digo... no tengo nombre y no tengo cara... Dios... Nana... ¿Por qué?*

*Ay, me tengo que tranquilizar; tengo que dejar de llorar...*

*Pienso que nadie imagina dónde va a morir. Yo lo imaginé, aquella vez, en la estación de servicio; supe que si venía a este lugar moriría. Algo en mí murió, es claro, pero se supone que fallezca por completo, acá... ¿en este reducto? No doy más...*

\*

*Mi ángel se revela con su sonrisa de magnolia, sus dientes blancos y su mirada tersa, se inclina hacia mí y me besa. Ada, te llamás Ada. Y no sé por qué me cuidás, o tal vez sé que alguna vez me quisiste. No sé por qué te aparecés o te imagino tan llena de luz. Lo que sí conozco es que te amo, que te he querido siempre, y que cientos de vidas cruzadas como desiertos inconclusos solamente han revivido la esperanza de volver a encontrarte. No sé si es la luz que traés contigo, si es el aura mágica que te rodea por completo, pero siento que el tiempo no es tiempo y que el espacio ya no cuenta, y comprendo, por fin, que a pesar de mi destierro del cariño durante toda esta vida, la elegí para que otra vez el destino me regalara tu encuentro. Luz, luz y vos. Quiero quedarme acá. Ya no deseo ir a lugar ninguno, a existencia alguna, que no sea ésta. Esos seres que te acompañan, majestuosos y cálidos, también me colman de amor. Y supongo que era eso, amor, aquello que vine a extrañar, para entenderlo por completo desde la ausencia... No importa; soy feliz. Hice cuanto pude*

*cada vez, y mi premio es tu caricia. No digan que debo regresar, no entiendo por qué debiera volver allí, ni a cualquier otro sitio. No digas, Ada, que me darás un último beso antes de partir, porque será un beso cruel, que se anidará en mi alma y muerto volverá con ella y conmigo. No, por favor... Ada, te siento alejarte, siento que perdés luz, que otra luz te reemplaza. Sí, sé que me esperarás a mi regreso, y aunque me duela partir esta vez, te lo puedo perdonar, porque sé que te veré nuevamente. Claro que contaré. Claro que les diré que hay esperanza, y que aquí donde estás se gesta el amor que puede triunfar también allá. Lo sé, no es necesario que me lo pidas. Te acercás, me besás otra vez. Y es el beso más dulce que haya recibido en mi historia de viajes sin olvido. Sombras...*

*Sombras...*

*Sombras entre la luz...*

*—Por favor, Nico... Por favor, reaccioná, tarambana, que te quiero, hermano...*

*—¿Franky?*

*—¡Sí! ¡Sí, soy yo!*

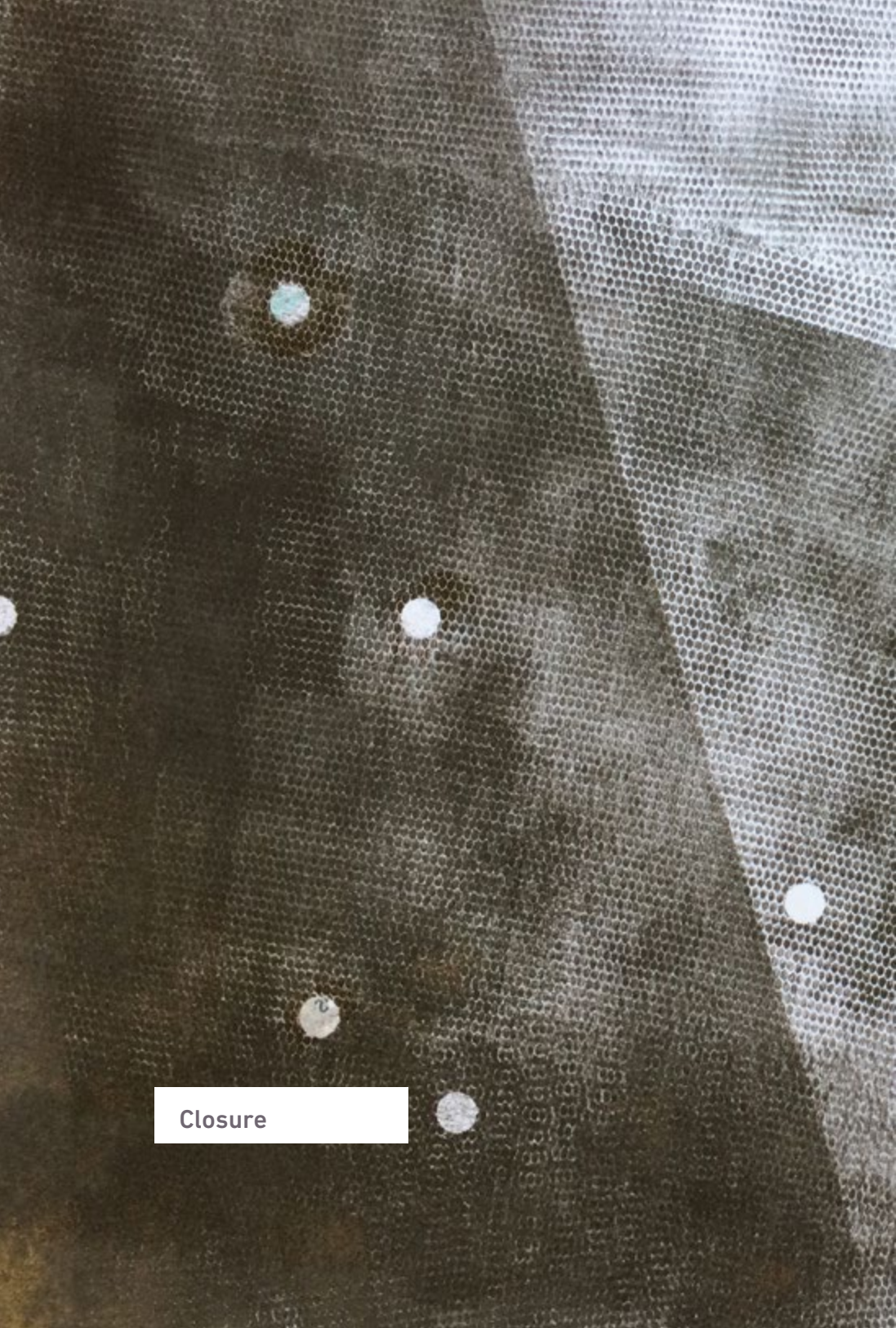
*—La pucha, que me cortaste flor de beso...*

*—Dejá de soñar, mariconá.*

*Franky me abraza. Y vale tanto como el beso de Ada. Otra vez dentro de mi cuerpo, otra vez enlatado, sin embargo siento ese abrazo de mi carne y aquel con el cual me asfixia Franky como una deliciosa noción de ser amado, a la vez que de mí desborda más amor que vida —será que otra vez tengo alma, que el médico me la devolvió—. Franky me mira con los ojos llenos de lágrimas, y a mí también se me saltan las mías.*







Closure



—¿Y Victoria?—, me apresuro a preguntar.

—Viene acá con nosotros. Estamos en una ambulancia, y ella te cedió el lugar; mirá cuán hecho bolsa estarás. Te tuvimos que revivir. Te moriste en el Oasis, boludo... Menos mal que Victoria quiso insistir con las odiosas paletas. Creí que te vería muerto y también chamuscado de tanto que insistí. Es mi primer día de paramédico.

—¿Adónde vamos tan rápido?

—Al avión.

—¿Qué?

—Nos vamos de acá, Beef. Nos vamos y ya vas a ver adónde.

\*

*Dormí horas y horas. Si hubo un viaje en avión, no me tocó vivirlo. Dormí sin sueños, sin viajes por otras vidas. Dormí todo el cansancio y toda la reparación. Ahora que despierto me llevan en una camilla con ruedas, que hace rebotar mi cuerpo haciéndole dar saltitos. Tengo los ojos cansados y me daña la luz. Pero a través de los párpados puedo distinguir un predio, un campo. Una arboleda tranquila y el olor del eucalipto y de la frescura de las flores silvestres. Todo dulzor me recordará a Ada, me juré, y cumplo.*

*Hay una cabaña más allá, y allí nos dirigimos. Madera y cal. Un sol brillante, un cielo en diáfano celeste, que me ofrece espacio y cobertura a la vez. Me duelen el rostro y el cuello. El resto del cuerpo todavía está dormido. De pronto me agito... Pero... ¿si un monstruo me mordió! ¡Lo recuerdo! ¿En qué me voy a convertir...? Algo me calma y no sé bien qué es... Rojo, algo rojo.*

\*

—*Beef, Roast Beef... ¡Nico!*

—*Franky...*

—*Despertá. Quiero que pruebes un caldo. Intentalo, que tengo que regresar a cuidar a Victoria.*

—*¿Cómo está ella? ¿Cómo estoy yo? ¿Cómo estoy vivo y no me convertí en un gnomo o algo peor?*

—*Ja, ja, ja... Te inyecté sangre mía. Bastante. Somos hermanos ahora.*

—*¿Tan fácil es salvarse?*

—*No; solamente si no te mordisquearon demasiado. Tuviste suerte.*

—*¿Y no temiste que me convirtiera en uno de ellos?*

—*Claro que sí. Pero no te iba a abandonar. Salvaste a Victoria. Las habitaciones del sector donde estaba ella antes de que te la llevaras volaron en mil pedazos, Nico. Ella también me pidió que rescatara al ‘soldado amigo’, según decidió llamarte. No hay caso, tener nombre no es lo tuyo, Espósito. Dale, apurá el caldo que me voy.*

—*Sos muy turro ¿Dónde estamos, Franky?*

—*En Mendoza. Volamos hasta esta provincia y ahora nos escondemos en la cabaña de un amigo. Los médicos te operaron en el avión. No sabés; para descomponerse.*

—*¿Por qué nos escondemos?*

—*Porque el salvoconducto que usé para que nos dieran el avión no es tan veraz. Es más, tiene mucho de falso y de idiota.*

—*No entiendo.*

—*Te lo resumo: Yo investigué para saber cómo se elude el contagio de los engendros. Logré saber que las transfusiones de sangre sirven para casos de contagio reciente y sólo cuando no han ingresado las bacterias*

*en gran caudal ni en su faz más avanzada en el torrente sanguíneo. Por ejemplo, el tipo que te mordió a vos no llegó a largar demasiada saliva, y a la vez, era un mutante reciente, porque de haber tenido algunos días más en esa condición habría albergado unas bacterias que a la vez habrían vuelto a mutar dentro suyo, es decir, re-degenerado. Con limpiarte bien la cabeza y transfundirte tres veces, fue posible salvarte. Sí, no lo preguntes... No tenés solamente sangre mía dentro del cuerpo; debí acudir al piloto y una vez aquí, a un vaqueano. Serás un don nadie pero A positivo, una puta fácil, digamos. Pero en fin, lo cierto es que negocié el avión para salvar a mi hermana un tiempo antes de llegar a Bahía Blanca. Me lo garantizaron de inmediato, porque además de estos descubrimientos, prometí otros tantos... que todavía no hice.*

—*¡Te van a matar!*

—*No; me necesitan. Hoy mismo les envié algunos avances. El archivo que les dejé contenía mucho material, y para colmo lo codifiqué por aparentes razones de confidencialidad. Quería ganar tiempo, en realidad. Ya no saben si estoy en Mendoza o en Chile o dónde. No pueden perder tiempo en rastrearme, y además precisan mis informes... ¿Sabés qué les di, codificado, además de mis reportes veraderos?*

—*¿Qué?*

—*¡Tu proyecto pavote de Código Civil! ¡Ja,ja,ja,ja!*

—*Sos un cínico, Franky...*

—*Lo reconozco... Gracias, Beef. Y gracias por salvar a mi hermana. No quiero perderlos nunca más. Ni a ella ni a vos.*

—*Fran, contame algo. ¿Qué fue lo que pasó en este país? ¿Qué nos puso en este lío?*

—Nos vendimos, les dejamos a otros países que hicieran algunos experimentos. En fin, salieron mal y mutó medio mundo acá. Pero eso no fue lo peor que nos pasó. ¿Te tocó ver a algunas personas con agujeros en las sienes?

—¡Sí! Quería contarte que... así lo vi a Brihuega, nuestro vecino de la Comarca...

—Bueno, supe antes de que nos enroláramos que lo de la Hora 18 era mentira. No nos podíamos infectar, ni podíamos mutar allá en la Comarca XII. Sólo necesitaban gente para convertirla en alcornoques, en obedientes. Sé que sabés lo que significa y perdóname por no habértelo dicho entonces, pero Erasmo..., viste..., bueno.

—¿Está el mundo en guerra? No entiendo nada de todo esto.

—El mundo se está yendo de la Tierra. No todavía, pero falta poco y se está reclutando mano de obra regalada, digamos. Alcornoques con enchufe. Ya te contaré más detalles.

—Sí, ya sé que no se vivirá más en esta pelota tan linda, o que fue tan hermosa; sé que es raro pero lo vi. Franky, quiero contarte algo...

—¿Qué? Hacela corta.

—Hay otra vida, distinta, la verdadera, digamos. Cuando me morí, según dijiste, sé que vi algo de ella. Es muy hermosa. Y también hay otras vidas acá, y en otras partes. Y tienen sentido.

Franky me mira incrédulo y un poco perturbado porque lo que le cuento da para largo y debe cuidar a Victoria.

—Bueno, quería que lo supieras. Andá a ver a tu hermana, dale.

—Bueno, después me contás. Chau.

*Franky se levanta del costado de la cama perfumada donde me recostaron. La mesita de luz a mi derecha tiene una pastilla colocada sobre un papel.*

—Nico..., Beef...

—¿Qué, Frank?

—Claro que tienen sentido.

*Cierra la puerta tras de sí. Me quedo mirando esa puerta de madera clara que lleva colgado un atadillo de hierbas que se bambolea un rato después de que la puerta quedara quieta.*

*Vuelvo mis ojos ahora al papelito que está debajo de la cápsula.*

*Dice: 'Ésta sí tomala; es el antibiótico que te toca a las seis.'*

*A la Hora 18...*

*Mi reloj, que tiene el vidrio quebrado en cruz, señala las 17:13.*

*Miro por la ventana. La luz entra en mi habitación y allá afuera se percibe una paz que en mí remeda la vida después de la vida, pero que de inmediato me recuerda a mi infancia en un orfanato católico. Expósito; expuesto y solo. Recuerdo haber corrido los patios y las plazas con tres amigos fieles que solían escaparse conmigo. Al regresar, a las monjas las conquistábamos con flores. Buenas monjas que nunca volví a ver. La vida es un misterio.*

*El dolor.*

*La ausencia.*

*La miseria.*

*Y todo para entender cuánto vale lo cronológicamente primero, el amor.*

*Quién encontrará la Remington que dejé allá, a fina-*

*les de 1943. Quizás el otro yo. O quizás él se desvaneciera ni bien volví. Tal vez si yo hubiera comprendido mejor el Horror de mi país de mediados del siglo XXI, podría haberlos prevenido allá en 1943. Pero ya sé que no se trata de eso.*

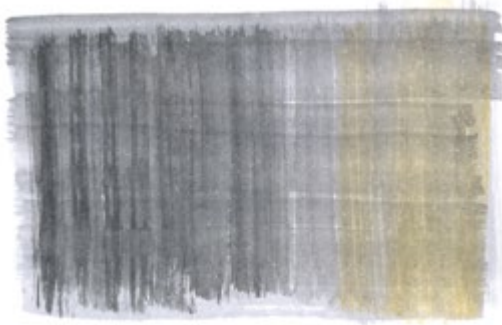
*Se trata de crecer en el dolor, sin dejar de hacer el mayor bien que se pueda, sin perder la alegría de estar juntos, sin olvidar nunca al amor incondicional, como yo olvidé a esas monjas buenas. Si recuerdo el horror que vi, aun el que en desespero cometí, todo lo perdono, en ellos y en mí.*

*Al menos perdono todo en quienes no quisimos enfermar de odio, de codicia, de aquellos sentimientos que nos deforman...*

*Que nos desdibujan en verdaderos mutantes.*

*Que nos roban todas nuestras vidas.*

**FIN**





Este relato fue escrito entre los meses de julio y octubre de 2012, corregido entre 2013 y 2014. Está dedicado a todos mis seres queridos, pero fundamentalmente y con todo cariño a Fran Kuhar, quien inspiró al personaje de Franky. ‘La Hora 18’ fue un título elegido sin disimulo en honor a la maravillosa obra ‘La Hora 25’ de Constantin Virgil Gheorghiu, que ojalá nunca sea olvidada por la Humanidad y sea reeditada de una buena vez.

Agradezco a:

Los cafés **Piazza** y **Boston** de Bahía Blanca y **Cabaña Dos Bahías** de Bahía Manzano (Villa La Angostura), donde escribí, y a la cafetería de la estación de Servicio del **Automóvil Club Argentino**, de la misma ciudad, donde se gestó la idea y se anudaron las primeras líneas, y las últimas.

A los musos musicales, que me acompañaron con sus sonos propicios en cada fase: **Stratovarius, Dream Theater, Nightwish, Marty Friedman & Kitaro, Fragment, The Rasmus** y al destello de una intensa interpretación en vivo del single ‘Feel’, por **Robbie Williams**, que se coló de pronto una tarde y me ayudó a corregir.



Este libro se terminó de realizar  
en el mes de marzo de 2017.  
Ilustraciones y diseño: anacatelli







